



Selección de cuentos



Alejandro Dumas



Selección de cuentos

Alejandro Dumas

Alejandro Dumas (Padre), nació en Villers-Cotterêts, Francia, en 1802. Escritor prolífico, considerado uno de los escritores más importantes de la literatura romántica y ficción histórica francesa del siglo XIX. Escribió novelas, folletines y obras de teatro. Su padre fue el General Thomas-Alexandre Dumas, conocido como el Conde Negro, murió al poco tiempo de haber nacido Alejandro, su madre: Marie-Louise Elisabeth Labouret fue una esclava. Debido a su pobreza, Dumas, no recibió educación escolar por lo que se reconoce su formación autodidacta.

Tuvo diversos trabajos, muchos de ellos nada tuvieron que ver con la literatura. Para 1823 se pone al servicio del Duque de Orléans como escribiente, fue así como pudo hacer posible el estreno de sus obras de teatro, inaugurando su carrera como dramaturgo con sus obras: *Enrique III y su corte* (1830), donde consiguió gran popularidad, en 1831 publica *Antony* donde logra el éxito suficiente para dedicarse de lleno a la escritura.

A largo plazo, este escritor, se convierte en un clásico de la Literatura Universal por obras como *Los tres mosqueteros* (1844) y *El conde de Montecristo* (1845), obras cumbre de su carrera literaria. Además que se le atribuyen a su autoría más de 1200 obras.

Murió el 5 de diciembre de 1870 de un ataque al corazón.

Alejandro Dumas

Selección de cuentos



Selección de cuentos
Alejandro Dumas

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Kelly Patricia Mauricio Camacho
Coordinadora de la Subgerencia de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Selección de textos: Manuel Alexander Suyo Martínez
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez, Claudia Daniela Bustamante Bustamante, Katherine Lourdes Ortega Chuquihura, Yesabeth Kelina Muriel Guerrero y María Grecia Rivera Carmona
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría, Marlon Renán Cruz Orozco, Ambar Lizbeth Sánchez García, John Martínez Gonzáles.
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por: Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300 - Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de interacción social y desarrollo personal; y la cultura

de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima, tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad, con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura, que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

Una comida en casa de Rossini

I

Salía yo para Italia, en 1840, por tercera o cuarta vez, y entre otros encargos, llevaba el de ofrecer, en nombre de mi buen amigo Dennié, un velo de encajes a la señora Rossini que residía en Bolonia con el ilustre compositor al que El Conde Ory y Guillermo Tell han dado cartas de naturalización francesa.

No sé si después de mí quedará algo de mí; pero en todo caso y por lo que pudiera ser, he tomado la piadosa costumbre, olvidando a mis enemigos, de enlazar el nombre de mis amigos no solo con mi vida íntima sino también con mi vida literaria. Así, a medida que avanzo hacia el porvenir, arrastro conmigo todo lo que ha tomado parte en mi pasado, todo lo que se ha mezclado con mi presente, como un río que no contento con reflejar las flores, los bosques, las casas de sus riberas, se llevara al Océano la imagen de esas casas, de esos bosques, de esas flores.

Con esto nunca estoy solo si tengo sobre mi mesa una obra mía. Abro entonces el libro, cada página recuerda un día transcurrido, y ese día renace al instante, del alba

al crepúsculo, animado por las emociones mismas que le llenaron, poblado de los mismos personajes que le atravesaron. ¿Dónde me encontraba yo aquel día? ¿A qué lugar del mundo iba a buscar una distracción, a pedir un recuerdo, a coger una esperanza, botón que se marchita a menudo antes de abrirse, flor que se deshoja a veces antes de desarrollarse? ¿Visitaba Alemania; Italia, África, Inglaterra o Grecia? ¿Subía el Rhin, rezaba en el Coliseo, cazaba en la Sierra, atravesaba el desierto, meditaba en Westminster, grababa mi nombre sobre la tumba de Arquímedes o sobre la roca de las Termópilas? ¿Qué mano estrechó la mía ese día? ¿La de un rey sentado en el trono o la de un pastor guardando su rebaño? ¿Qué príncipe me llamó su amigo? ¿Qué mendigo me apellidó su hermano? ¿Con quién partí mi bolsillo por la mañana? ¿Cuáles han sido en veinticuatro años las horas felices señaladas con lápiz o las sombrías marcadas con carbón?

Ay de mi, lo mejor de mi vida pertenece ya a los recuerdos; soy como uno de esos árboles de frondoso ramaje llenos de pájaros mudos al mediodía, pero que despertarán hacia el ocaso, y que, llegada la noche, llenarán mi vejez de aleteos y de cantos, alegrándola con su júbilo, sus amores y sus murmullos. Pero ¡ay! la muerte derribará el árbol hospitalario, y al caer, ahuyentará a los bulliciosos cantores, cada uno de los cuales es una hora de mi vida.

Y ver ahí, cómo un solo nombre me ha desviado de mi camino lanzándome de la realidad a la ilusión.

El amigo que me había encargado llevar el indicado velo, no existe ya. Tenía un ingenio encantador, era un cómico narrador de anécdotas; en su compañía he pasado no pocas veladas en casa de la distinguida señorita Mars, segada también por la inexorable muerte, que la arrebató como pudiera arrebatar una estrella al cielo de mi vida.

Me encaminaba hacia Florencia, término de mi viaje; pero en vez de detenerme allí, sobrevino la idea de adelantar hasta Bolonia y de cumplir el encargo como digno mensajero, es decir, entregando personalmente el velo en propias manos de la hermosa dama a quien iba destinado.

Necesitaba tres días para ir y tres para volver, y además un día de permanencia; total siete días, siete días gastados, perdidos. Pero, en verdad, iba a ver a Rossini, a Rossini que sin duda acababa de desterrarse por miedo de ceder a la tentación de escribir alguna nueva obra maestra.

Recuerdo que llegué a Bolonia a la caída de la tarde. La ciudad parecía de lejos sumergida en un vapor, por encima del cual se elevaban, se destacaban sobre el sombrío fondo del Apenino, la catedral de San Pedro y

las dos rivales de la torre inclinada de Pisa, la Garizeuda y la Asinelli. De vez en cuando, el sol, próximo a ocultarse, lanzaba un remoto rayo que inflamaba los cristales de algún palacio, como si estuvieran en llamas las salas; en tanto que el Reno, pintado con todos los colores del cielo que reflejaba, serpenteaba por la llanura como cinta de plateado moaré. Gradualmente el sol fue escondiéndose tras los montes y los cristales que relucían escasamente antes fueron poco a poco oscureciéndose. El Reno tomó el aplomado tinte del estaño; en seguida llegó la noche rápida envolviendo la ciudad con sus negros mantos que en breve dejaron traslucir millares de puntos tan luminosos como los que brillaban en el cielo.

Las diez serían cuando entré en la fonda de los Tres Reyes. Mi primer cuidado fue el de enviar mi tarjeta a Rossini; que desde aquel instante puso su palacio a mi disposición. Al día siguiente a las once estaba en su casa.

El palacio de Rossini es, como todos los palacios italianos, un compuesto de columnas de mármol, de frescos y de cuadros, espacioso y suficiente para contener tres o cuatro casas francesas, construido para verano, no para invierno, es decir, lleno de aire, de sombra, de frescor, de rosas y de camelias.

En Italia, como es sabido, las flores parecen nacer en los aposentos y no en los jardines, donde no se ven ni oyen más que cigarras.

Rossini habitaba ese mundo de salas, de aposentos, de antesalas y de terrazas. Siempre alegre, risueño, chispeante de verbosidad y de ingenio; su mujer, al contrario, cruzaba los mismos aposentos, risueña como el maestro, pero lenta, grave y bella como la Judit de Horacio Vernet.

Me saludó con exquisita afabilidad; y me apresuré a entregarle el famoso velo negro que era causa de mi visita a Bolonia.

Rossini había dispuesto ya su comida. Deseaba que mis compañeros de mesa me fuesen simpáticos, y sabiendo que un día u otro debía yo ir a Venecia, había invitado a un joven poeta llamado Luis de Scamozza, que acababa de terminar sus estudios en aquella famosa universidad de Bolonia que ha dado por divisa a la moneda de la ciudad: Bononia Docet.

Tenía yo cuatro horas a mi disposición para visitar a Bolonia que planeaba abandonar al día siguiente, salvo el volver más adelante. Pedí pues permiso a Rossini, y emprendí mi paseo en tanto que el ilustre maestro bajaba a la cocina con objeto de vigilar muy de cerca un plato de *stufato* acompañado de *maccheroni*, para cuya preparación pretende Rossini que no tiene rival en toda la península itálica, desde que ha muerto Alberoni.

En otra ocasión quizá narraré las maravillas de la ciudad universitaria. Describiré aquel Neptuno en bronce, obra maestra del célebre hijo de sus muros a quien ha bautizado con su propio nombre; su catedral de San Pedro rica sobre todo en la Anunciación de Luis Carrachio; mediré la inclinación de sus dos torres, texto eterno de querellas entre los sabios, que todavía no han logrado decidir si se inclinan por un capricho del arquitecto o por efecto de un terremoto; es decir, si han sido inclinadas por mano del hombre o por el hálito de Dios. Pero hoy tengo prisa para volver a mi historia y vuelvo.

A las seis estábamos reunidos en casa del célebre maestro, alrededor de una larga mesa colocada en medio de un vasto comedor pintado al fresco, ventilado por todas partes. La mesa, según las costumbres italianas, estaba cubierta de flores y de frutas heladas, dispuesto todo para servir de acompañamiento al famoso stufato, la obra maestra de la comida.

Nuestros convidados eran: Dos o tres sabios italianos, es decir, una muestra de esas gentes que discuten durante un siglo si la historia de Ugolino es una alegoría o un hecho; si Beatriz es una ilusión o una realidad; si Laura tuvo trece hijos o solamente doce; Dos o tres artistas del teatro de Bolonia, entre ellos un joven tenor llamado

Roppa que, al sentirse, de pronto, dotado de una hermosa voz, pasó de las cocinas de un cardenal al teatro de la Fenice.

Después el joven estudiante y poeta, del cual me había hablado Rossini, figura triste o melancólica, mejor dicho, noble soñador, en el fondo de cuya alma vivía la esperanza de la regeneración italiana; admirable soldado que hoy en día defiende como un Héctor a la heroica Venecia que hace revivir las maravillas imposibles de la antigüedad, luchando como una nueva Troya, una nueva Siracusa, una nueva Cartago. Por último, Rossini, su mujer y yo.

La conversación versó sobre Dante, sobre Petrarca, sobre el Tasso, sobre Cimarosa, sobre Pergolese, sobre Beethoven, sobre Grimod de la Reyniere y sobre Brillat-Savarin, y, debo consignar, en elogio de Rossini, que me pareció tener las ideas más claras y más fijas acerca de estos dos ilustres gastrónomos.

Me apresuré a añadir que se hallaba brillantemente sostenido en ese terreno por Roppa que, ignorante de las teorías, pero fuerte en la práctica, había dedicado diez años a la cocina sin conocer a Carême, como se dedicaba hacía ya cuatro años a la música sin conocer a Grétry.

Toda esa conversación me indujo a preguntar a Rossini por qué no escribía ya música.

—Creía haber dado una razón poderosa, me contestó.

—¿Cuál?

—La pereza.

—¿Y es la única razón?

—Creo que sí.

—De manera que si un empresario los observara en un rincón de su teatro y les apuntara una pistola al pecho...

—Diciéndome; "Rossini, vas a escribir tu más bella ópera", ¿no es verdad?

—¡Pues bien, la escribiría!

—¡Ay!, tal vez había más amargura que candor en esta última palabra.

Por lo demás, quizá me engaño, pero nunca he creído en esa sencillez de un gran genio, y cada vez que Rossini hablaba de cocina ante mí, me parecía siempre que era para no hablar de otra cosa.

—Veamos, respóndeme; Berlioz, ese gran músico

y poeta ¿no encierra, como en Ugolino, algún mito indescifrable en ese ilustre Pezzarés que diviniza los macaroni y desprecia la berza ácida?

—Entonces —dije yo a Rossini—, ¿toda la cuestión se reduce a una emboscada?

—Y no a otra cosa.

—¿Y si, en vez de una pistola, se les presentaba un poema?

—Pruébalo.

—Mira, Rossini; tal vez te parezca extraño lo que voy a decir, pero si yo escribiese para ti, cambiaría el orden acostumbrado.

—¿Cómo es eso?

—Sí; en vez de darte un poema para que compusieras la música, tú me dieras una partitura y yo escribiría el libreto.

—¡Vamos a ver! —dijo Rossini—, explícame tu idea.

—¡Oh!, es muy sencilla. En la colaboración del compositor y del poeta ha de ocurrir forzosamente que

el uno absorba al otro; que el poema mate la partitura o que mate la partitura al poema. Ahora bien, ¿cuál de los dos ha de sacrificarse?... el poeta, pues que, gracias a los cantantes, jamás se oyen los versos, mientras que, gracias a la orquesta, siempre se oye la música.

—¿Así, pues, tú eres de los que creen que los buenos versos inspiran al compositor?

—Ciertamente, mi querido maestro: la poesía, y la poesía como la de Víctor Hugo y Lamartine, lleva consigo su propia música. No es hermana de la música, es una rival; no es aliada, es adversaria. En lugar de prestar su ayuda a la sirena, la encantadora lucha con ella; combate parecido al de Armida y del hada Morgana. La música queda victoriosa, pero la victoria extenúa.

—¿Entonces, consentirás en escribir poesía sobre música?

—Sin duda; consentiría en ello, yo que he escrito trescientos volúmenes y veinticinco dramas, porque forzaría a mi amor propio a ayudarte, a servirte, porque, ya que me elevo sobre la cima cuando quiero, miraría como una honrosa delicadeza el cederte a ti a quien respeto, a quien admiro, a ti, mi hermano en el arte. Yo tengo mi reino como tú el suyo si Eteocle y Polinice hubiesen tenido cada uno un trono, no se hubieran

degollado, y hubieran probablemente muerto de vejez, felicitándose las pascuas todos los años.

—Perfectamente. Acepto tu palabra.

—¿De escribir versos sobre música?

—Pues te concedo. Dime solo de antemano qué género de ópera desearías.

—Quisiera una ópera fantástica. Bien viste, mi querido Berlioz, que había berza acide en el fondo.

—Una ópera fantástica, añadí, ¡cuidado con ello! La Italia con su cielo puro, no es en verdad el país de las tradiciones sobrenaturales. Los fantasmas, los espectros, las apariciones, necesitan las largas y frías noches del Norte; la oscuridad de la Selva Negra, las nieblas de Inglaterra, los vapores del Rhin. ¿Qué haría una pobre sombra errante por entre las ruinas de Roma, por la ribera de Nápoles, por las llanuras de Sicilia? ¿Dónde se refugiaría, Dios mío, si se veía perseguida por el exorcista? Ni siquiera el más pequeño vapor donde huir, el más leve jirón de niebla en que ocultarse, el más pequeño bosque que le sirva de asilo: indudablemente sería cogida, cogida por el cuello y arrastrada a la luz. Atreverse a poblar la noche de sueños, cuando la noche es nuestro día, cuando la luna es nuestro sol, cuando vives, no de las

ocho de la mañana a las ocho de la noche, sino de las ocho de la noche a las ocho de la mañana; mientras se deslizan lentamente nuestras sombrías veladas, nosotros improvisamos las serenatas, hacen resonar nuestras calles con rumores de júbilo, con cantos de amor. Nuestra aparición es una hermosa joven de ojos y cabellos negros, que se asoma al balcón, deja caer un ramillete de rosas y desaparece. ¡Oh! ¡Julieta! ¡Julieta!, si te levantaste de tu sepulcro, fue porque Shakespeare, el poeta del Norte, te dijo: "¡Levántate!" Y a la voz de ese poderoso encantador, a quien nada podía resistir, obedeciste, bella flor de la primavera de Verona. Pero ninguno de tus compatriotas pensó antes, ni pensará después, en repetir semejante orden. ¡Cuidado con ello, Rossini, cuidado con ello!

—Ya ves que he dejado hablar —exclamó riendo mi huésped.

—Sí, y espero me perdonen por haber abusado de nuestro permiso.

—No, por cierto, hablen, sigan hablando; aquí tienen a mi amigo Luis de Scamozza que es poeta como ustedes, que los escucha y que se encargará de responderles.

Tendí la mano a mi joven colega.

—Ya escucho, le dije.

—¿Saben por qué el ilustre maestro se dirige a mí?, me dijo Scamozza sonriendo.

—Porque sabe que tendré un placer al oírlos.

—No, no, por cierto. Porque sabe que un acontecimiento le ha ocurrido a uno de mis abuelos, protesta enérgicamente contra lo que acaban de decir. ¿Es posible que un admirador del Dante venga a negarnos esa sublime poesía de ultratumba, de que el desterrado de Florencia es el único modelo y de que Milton, el poeta del Norte, no es más que un pobre neófito? ¡Ah!, nosotros tenemos derecho a todas las poesías, porque hemos soportado todas las desgracias. ¿Han visto jamás nuestro pardo cielo delineado por sombras más luminosas que las de Francesca y Paolo? ¿Han visto salir de la tumba espectro más terrible que el dé Farinata de los Oberti? ¿Han andado junto a una sombra más tierna que la del poeta Sordello de Mantua? ¡Ah! Dudan de la Italia fantástica. Pues bien, que les dé Rossini su partitura y yo les daré el argumento para nuestro poema.

—¡Tú!

—Yo, sí; ¿no les he dicho que en mi misma familia vivía el recuerdo de una lúgubre historia?

—¡Pues bien, cuéntamela!

—No, porque todos la saben aquí; pero, repito, si Rossini les entrega su partitura, yo les enviaré mi historia.

—¿Cuándo?

—Mañana por la mañana.

—Bueno, dijo Rossini, ésta noche, antes de acostarme, escribiré la obertura.

Y luego, con la copa en la mano:

—¡Al éxito de la ópera Los estudiantes de Bolonia!— dijo. Todos brindaron.

Ya no se habló de otra cosa más que de aquel hermoso proyecto durante todo el resto de la comida.

A las diez dejábamos la mesa. Rossini se sentó al piano e improvisó la sinfonía.

Por desgracia, se olvidó de escribirla. Al día siguiente recibí la historia. Nunca más he oído hablar de la partitura. La historia es esta.

II
El juramento

El 1° de diciembre del año 1703, bajo el pontificado de Clemente XI y a cosa de las cuatro de la tarde, tres jóvenes que eran fácil de reconocer por ser estudiantes pertenecientes a la universidad de Bolonia, salían de la ciudad por la puerta de Florencia, y se encaminaban hacia ese hermoso cementerio que a primera vista presenta más bien el aspecto de un alegre paseo que de un mortuorio recinto.

Los tres iban a buen paso, envueltos en sendas capas y mirando a cada instante tras de sí cual si temiesen ser seguidos. Uno de ellos ocultaba algo bajo su capa, y fácil era ver que este algo era un par de espadas. Llegando al cementerio, en vez de proseguir su camino hasta la puerta, volvieron los tres jóvenes a la derecha y siguieron la pared meridional; para luego llegar a la extremidad de esta pared, volvieron bruscamente a la izquierda, y, apoyados en la pared oriental, encontraron a otros tres jóvenes, dos de ellos sentados y uno de pie que al parecer los esperaban.

Al reparar en los recién llegados, los dos jóvenes sentados se levantaron y el que estaba en pie se separó de la pared. Los tres salieron al encuentro de los que llegaban.

Los tres iban también envueltos en grandes capas; por una de ellas asomaban las puntas de dos espadas.

Cuatro de los jóvenes continuaron su camino hasta reunirse. Los otros dos permanecieron separados, de manera que cuando los cuatro estudiantes se agruparon, los dos solitarios se encontraron cada uno a veinte pasos del grupo, y , por consiguiente, a cuarenta pasos uno de otro.

Los cuatro conferenciaron un instante con la mayor animación, mientras los otros dos, que parecían extraños a la conferencia, uno agujereaba la húmeda tierra apoyándose sobre su bastón, y el otro descabezaba los cardos con su varilla.

Dos o tres veces se interrumpió la conferencia, y cada que vez el grupo del centro se separaba para ir a formar un doble grupo, los dos jóvenes aislados eran momentáneamente los personajes principales.

Pudo verse cómo estos últimos hacían señales de negación, lo cual indicaba que no eran del parecer de sus compañeros o no cedían a sus demandas.

Por fin, como se prolongaban las negociaciones sin que se presentara, al parecer, solución amistosa posible, los jóvenes que llevaban las espadas las sacaron y las sometieron a la investigación de sus amigos.

Las espadas fueron entonces examinadas con el mayor cuidado, y era evidente que se discutía sobre la mayor o menor gravedad que, en relación a las heridas, debía resultar de la forma de las armas. Últimamente, como no lograban ponerse de acuerdo con respecto a la elección, lanzaron al aire una moneda a fin de que fuera resultado de la casualidad.

Pronunció esta; dejaron a un lado las espadas no designadas, y se hizo seña a los dos jóvenes quienes, después de aproximarse, y de cambiar un atento saludo, se pusieron en mangas de camisa.

En seguida, uno de ellos plantó en el suelo su bastón, y el otro arrojó su varilla sobre sus vestidos. Ambos se acercaron. Entonces uno de los camaradas les presentó a cada cual una espada por el puño, cruzó las dos puntas, y, retirándose hacia atrás, pronunció la palabra:

—¡Adelante!

En el mismo instante se arrojaron uno sobre otro, y resbalaron las espadas hasta el puño.

Ambos dieron en seguida un paso atrás y se encontraron en guardia. Los dos eran de una fuerza igual poco más o menos, pero de una fuerza inferior. A los pocos segundos, la espada de uno de ellos se hundió casi enteramente en el cuerpo de su adversario.

—Herido, dijo el que diera la estocada y dio un salto atrás y bajó la espada, sin abandonar, no obstante, su postura.

—No, dijo el otro, no.

—Sí, por cierto.

Y el que había hablado último, miró la hoja de su espada, enrojecida hasta los dos tercios.

—No es nada, no es nada, dijo el herido dando un paso adelante para acercarse a su enemigo.

Pero, a semejante movimiento, un chorro de sangre brotó, cayendo sobre su herida al abrirse la mano que empuñaba la espada. Tosió el herido ligeramente y aún cuando quiso escupir, no tuvo fuerzas: la sangre enrojeció sus labios.

Dos de los jóvenes eran estudiantes de cirugía. —¡Ah! ¡Diablo!, exclamaron al ver aquellos síntomas que indicaban la gravedad de la herida.

En efecto, casi al mismo tiempo, el herido inclinó la cabeza sobre su pecho. Titubeó, dio media vuelta sobre sí mismo, agitó los brazos y cayó exhalando un suspiro.

Los dos estudiantes se precipitaron sobre cuerpo de su camarada, y uno de ellos le había desabrochado y empuñaba su lanceta para atender al herido.

El otro que le había arremangado el brazo lo dejó caer diciendo:

—Está muerto.

A esta palabra, el que había quedado de pie palideció espantosamente como si él mismo fuera a morir.

Arrojó su espada y dio un paso rápido hacia el cuerpo de su adversario; pero los dos testigos lo detuvieron.

—¡Vamos, vamos!, dijo uno de ellos. Ha sido una desgracia; pero como es irreparable, no se trata de lamentarse sino de ganar cuanto antes la frontera ¿Tienes dinero?

—Unos siete u ocho escudos.

Todos registraron sus bolsillos.

—Toma dijeron a un mismo tiempo cuatro voces, y huye sin perder un minuto. El joven se puso la casaca y se embolsó en la capa. Y después de haber estrechado la mano los unos y abrazado a los otros, según el grado de intimidad que con cada cual tenía, se encaminó en dirección a los Apeninos y desapareció rápido entre las sombras primeras de la noche.

Las miradas de los cuatro jóvenes le habían seguido hasta el momento de su desaparición.

—Ahora —dijo uno de ellos— ¿Y Antonio? Todas las miradas se fijaron en el cadáver.

—¿Antonio?

—Sí, ¿Qué hacemos con él?

—¡Llevarlo a la ciudad! ¡Te parece que debemos dejarlo aquí!

—No, sin duda, pero ¿Qué diremos?

—Una cosa muy sencilla. Que paseábamos tranquilamente fuera de la ciudad cuando repentinamente hemos visto a Antonio y a Héctor que se batían: que hemos corrido a separarlos, pero que antes de llegar a ellos, Antonio había ya caído muerto y Héctor se había

escapado. Solo que diremos que ha huido hacia Módena en vez de decir que ha huido hacia los Apeninos: la ausencia de Héctor será una prueba en favor nuestro.

—¡Bien!

Adoptada por unanimidad semejante versión ocultaron el segundo par de espadas entre unos matorrales, arrebujaron al muerto en su capa y tomaron el camino de la duda.

Al llegar a la puerta, hicieron los jóvenes la declaración convenida; tomaron cuatro faquines y depositando a Antonio en una litera se le condujo hasta la casa en que vivía.

Mirándolo bien, la mitad del dolor podían ahorrarse los jóvenes. Antonio era veneciano, su familia no habitaba en Bolonia, una carta le daría la triste noticia y uno de los jóvenes, veneciano también y que conocía la familia de Antonio, quedó encargado de escribir esa carta.

Ese joven era uno de los tres que hemos visto salir por la puerta de Florencia; se llamaba Beppo de Scamozza, el segundo era de Velletri y se llamaba Gaetano Romanoli, el tercero era el que había quedado sobre el terreno del combate.

Hemos dicho ya del muerto todo lo que teníamos que decir. Sigamos a los vivos hasta la reducida habitación que ocupaban en el tercer piso de una no muy lujosa casa de huéspedes.

Daban las siete de la noche cuando los dos jóvenes, arrojando su capa sobre la cama que para los dos servía, se sentaron uno en frente de otro a los dos lados de una mesa sobre la cual brillaba un velón de tres mecheros de los que se usan aún, en nuestros días, en las casas de Italia, y que, en la época en que ocurre nuestra historia, eran mucho más comunes que hoy.

Un solo mechero ardía con luz dudosa por la habitación. Digamos una palabra de esos dos jóvenes sobre los cuales va a concentrarse el interés de los acontecimientos que relatamos. Uno, según hemos indicado, se llamaba Beppo de Scamozza y era veneciano.

E1 otro, Gaetano Romanoli, era romano. Beppo acababa de cumplir veintidós años. Era hijo natural y acababa de heredar de un gran señor que le había asegurado una pequeña fortuna de seis u ocho mil libras de renta dejándole libre y solo en la vida.

El otro, por el contrario, pertenecía a una familia de honrados comerciantes, que, aun cuando establecidos en Roma, poseían varias casas en Velletri. Gaetano había nacido en Velletri.

La posición diferente de los dos jóvenes en el mundo donde les había arrojado la casualidad, había influido mucho sobre el carácter y casi diría sobre el físico de cada uno de ellos; la fisonomía modifica el rostro y ¿qué es la fisonomía?, la expresión superficial de los sentimientos interiores. Supone el mismo rostro a dos niños, en el instante de su nacimiento, y hacen que esos dos niños entren en la vida, uno por el lado triste, y el otro por el lado alegre, rodeados aquellos de desgracias, de felicidades, y los veinticinco años ambos rostros que antes tenían una expresión análoga, presentarán ahora una fisonomía distinta.

Beppo, aislado, sin familia, educado por extranjeros, vivía casi desterrado de la vida. Desde su infancia comía ese pan de sal amarga de que habla Dante: era alto, delgado, pálido, melancólico, los cabellos, que llevaba largos, a usanza de la época, caían en bucles negros sobre sus hombros, prefería a los trajes elegantes, que su pequeña fortuna le hubiera permitido llevar, vestidos de colores oscuros y sin bordados; verdad es que su corte subsanaba su sencillez, o que, bajo la tela y menos espléndida, Beppo de Scamozza olía a gran señor desde una legua.

Gaetano Romanoli era un alegre estudiante de veinte años, que estudiaba el derecho con intención de hacerse

abogado, a fin de dejar a su hermana Bettina a la que adoraba, todas las ventajas que pudiera darle, a la época de su establecimiento, la cesión de la casa de comercio paterna. Educado por su familia, en medio de los solícitos cuidados y atenciones que estuvo privada la infancia y la juventud de Beppo, había siempre visto la existencia bajo su aspecto, alegre sonriendo siempre a la india que le sonreía. Era un hermoso joven de mejillas bronceadas, pero llenas de frescura y de juventud; de nariz recta, mirada viva y dientes blancos que descubrían una sonrisa franca y familiar. ¿Cómo era posible que esos dos caracteres, tan opuestos, se hubiesen en cierta manera unido tan estrechamente uno a otro? ¿Cómo había llegado a ser un proverbio la amistad del melancólico Beppo y del alegre Gaetano? ¿Cómo no tenían más que un aposento, una mesa, y, según la vieja tradición de los hermanos de armas, una cama? Es uno de esos misterios de atracción que solo se explican por la simpatía de los contrastes, mucho más común de lo que se cree, y que une a menudo la fuerza con la debilidad, la tristeza con la alegría, la dulzura con la violencia.

Ambos jóvenes permanecieron un instante, pensativos uno en frente de otro, pero levantando la cabeza:

—¿Un qué piensas?, preguntó Beppo.

—¡Ay! —respondió Gaetano— estaba pensando en una cosa terrible y es que si lo que ha sucedido esta tarde al pobre Antonio, llegara a suceder a uno de nosotros nos veríamos separados para siempre.

—¡Hombre! —es raro dijo Beppo— tenía la misma idea.

—Y pensaba también —añadió Gaetano tendiendo la mano a su amigo—, que con eso quedaría destruido mi más hermoso sueño.

—¿Qué sueño?

—La esperanza de que te hablé varias veces, que debe hacer de nosotros más que dos amigos, dos hermanos.

—¡Oh, sí, dijo melancólicamente Beppo; ¡Bettina!

—¡Si vieras cuán linda es, Beppo! ¡Si supieras cómo te ama!

—¡Loco! ¿Cómo me ama, dices, cuando no me ha visto nunca?

—¿No te ha visto por mis ojos? ¿No te conoce por mis cartas? —Beppo se encogió de hombros.

—Oye, dijo Gaetano, apuesto una cosa.

—¿Cuál?

—Verdad que no te ha visto nunca...

—Bien, ¿y qué?

—¿Y qué? Apuesto que, si la casualidad hacía que te encontrase, te reconocería.

—¡Bah! Y, por otra parte, ¿Hay que formar esos proyectos? Ya sabes que tu padre no dará nunca la mano de Bettina sino a un comerciante.

—Mejor eres tú que un comerciante: eres un caballero.

—¡Vaya un caballero que no deja de ser un bastardo!, dijo Beppo meneando la cabeza. No, querido Gaetano, créeme, no nos forjemos, más ilusiones que las que pueden realizarse.

—¿Y cuáles?

—Primera la de no separarnos nunca. Y, tranquilízate, esto no te causará ninguna molestia, mientras dure tu amistad por mí, porque yo puedo seguirte a todas partes. No tengo familia, y tengo apenas patria. ¿Qué me importan las gentes entre las cuales vivo y los lugares que habito? Si tu cesas de amarme, si llego a ser para

ti una carga, tú me lo dirás; entonces nuestros cuerpos se separarían naturalmente, pues no latirían ya juntos nuestros corazones.

—¿Pero de dónde diablos sacas hoy esas ideas tan tristes? —exclamó Gaetano. Amigo mío, solo una cosa nos separará, créeme, si piensas como yo.

—¿Cuál?

—La muerte.

—Pues bien, si como yo opinas tú, amigo, dijo Beppo, ni la muerte ha de separarnos.

—Explícate.

—¿Crees que algo de nosotros sobreviva?

—La religión lo promete, el corazón lo dice.

—¿Crees realmente en la inmortalidad del alma?

—¡Vaya si creo!

—Pues bien, amigo, no tenemos más que ligar por un juramento, por uno de esos juramentos que comprometen el alma y el cuerpo; y si uno de los dos muere, el cuerpo

solo habrá dejado al cuerpo, y el alma permanecerá fiel a su amistad: lo que nosotros amamos, no es el cuerpo, es el alma.

—¿Y crees que no es un sacrilegio lo que me propones?, preguntó Gaetano.

—¡No creo que se ofenda a Dios tratando de sustraer a la muerte el sentimiento más puro que existe en el hombre, la amistad!

—Pues bien, sea, dijo Gaetano tendiendo la mano a su amigo, ¡En este mundo y en el otro, Beppo!

—Espera— dijo este.

Se levantó, fue a buscar un crucifijo suspendido a la cabecera de la cama y lo colocó sobre la mesa.

En seguida extendiendo la mano sobre la sagrada efigie:

—Por la sangre de Nuestro Señor —exclamó solemnemente—, juro a mi hermano Gaetano Romanoli, que, si muero primero, fuera cual fuese el lugar en que cayere mi cuerpo, o se extinguiera mi vida, mi alma irá a encontrarle y le dirá cuanto le sea permitido decir de ese gran misterio que llaman la muerte. Y este juramento

—añadió Beppo, elevando al cielo una mirada llena de fe y de piedad—, este juramento lo hago plenamente convencido de que no ataca, en nada los dogmas de la religión católica apostólica y romana, en la cual he nacido y en la cual confío morir.

A su vez extendió Gaetano la mano sobre el crucifijo, formulando el mismo juramento con las mismas palabras.

En aquel instante llamaron a la puerta.

Los dos jóvenes se abrazaron; Y, los dos a un mismo tiempo:

—¡Adelante!, exclamaron.

III

Los dos estudiantes de Bolonia

Entró un hombre con una carta en la mano. Era el criado del administrador de correos. El correo de Roma llegaba por la noche a Bolonia y por lo común no se recibían las cartas hasta la mañana. Pero el director, al preparar de antemano las cartas colocaba bolas en las diferentes cajas donde debían esperar a las personas a quienes iban destinadas, había reconocido una dirigida a él; abrió y halló en ella otra que, según le suplicaban, debía entregar inmediatamente a Gaetano Romanoli estudiante en Bolonia.

El joven era conocido del administrador, quien se había apresurado a enviarle aquella misiva que tan urgente parecía.

Tomó Gaetano de manos del mensajero, al cual dio una moneda; en seguida, vacilando, se acercó a la lámpara.

—¿Qué tienes?— le preguntó Beppo. ¡Palideces!

—Carta de mi hermana— murmuró Gaetano enjugando el sudor que inundaba su rostro.

—¡Y bien! ¿Qué motivo hay para palidecer... para temblar?

—Algo grave ocurre en mi casa.

—¿Y cómo lo sabes?

—Conozco tanto a Bettina, dijo Gaetano, que adivino en la simple inspección de su carta el sentimiento que la ha dictado. No necesito abrir la carta para saber si es triste, alegre o indiferente. El sobre me lo dice todo.

—¿Y esta vez, que te dice el sobre?, añadió Beppo —lanzando sobre la carta una mirada inquieta.

—Que Bettina me ha escrito llorando. Mira si no, ahí tienes las dos primeras letras de mi apellido... un sollozo las ha interrumpido.

—¡Oh, te engañas! —dijo Beppo.

—Lee tú mismo —respondió Gaetano dando la carta a su amigo, sentándose y ocultando, con un suspiro, la frente entre las manos.

Beppo abrió la carta, pero su mano tembló en las primeras líneas y miró tristemente a Gaetano.

Este lloraba.

—¡Valor, amigo! —dijo Beppo con tierno acento y apoyando la mano sobre el hombro de su amigo.

Gaetano alzó la frente. Las lágrimas se deslizaban a lo largo de sus mejillas.

—No me falta— dijo. ¿Qué ha sucedido?, habla.

—Tu padre está muy enfermo, y desea verte antes de morir.

—¿No ha muerto aún?— exclamó Gaetano.

Brilló un rayo de alegría en sus ojos.

—No.

—¿Me engañas?

—Lee tú mismo —Gaetano tomó la carta y leyó.

—¿Cuándo partimos?— dijo Beppo.

—Querrás preguntar cuándo parto yo, pues tú te quedas.

—¿Y por qué he de quedarme yo si tú partes?

—Porque dentro de tres días has de examinarte para el grado de doctor, porque la tesis está ya impresa, porque has hecho tus regalos a los profesores

—Pues bien, dejaremos esto para nuestro regreso.

—No, porque, Dios mediante no volverás.

—¿Entonces quieres que te deje partir solo?

—Tan pronto como hayas terminado tu examen, irás a reunirte conmigo. Si tenemos la dicha de salvar a nuestro padre, tú nos ayudarás a salvarlo, y al fin de la convalecencia, te mirará como de la familia; si muere, tú perteneces ya a ella: mira, no dice Bettina al terminar su carta: mil expresiones a nuestro querido hermano Beppo.

—Haré lo que quieras Gaetano. Reflexiona sin embargo...

—Estoy resuelto, yo parto esta noche, al instante mismo, tu partirás dentro de tres días. Acompáñame únicamente a tomar un carruaje, a fin de que no nos separemos hasta lo más tarde posible.

—¡Vamos!— dijo Beppo.

Gaetano metió una poca ropa blanca y un frac en un saco de noche, tomó todo el dinero que tenía, introdujo las pistolas en sus bolsillos y con su carta de estudiante por pasaporte, bajó a buscar un carruaje.

En la misma casa de correo encontró el joven todo lo que deseaba. Gaetano, debía dejar la silla en casa del maestro de postas de Roma que era pariente del director de Bolonia.

Al cabo de diez minutos estaban enganchados los caballos. Al ver a su amigo subir al carruaje, Beppo insistió de nuevo en acompañarle, pero Gaetano se mostró inflexible: le recordó los exámenes, repitió diez veces a Beppo que la separación no pasaría de tres días y que al tercero partirían, a su vez Beppo cedió. Crujió la silla, el postillón chasqueó su látigo, partieron los caballos y los dos amigos cambiaron todavía un adiós. Beppo esperó que la silla hubiese desaparecido, y, cuando el ruido de las ruedas, que parecía aún prolongar la presencia de Gaetano junto a él se hubo extinguido completamente, exhaló un suspiro y regresó a su casa triste y cabizbajo. Penosa sensación, cuya tristeza no intentaremos describir, se apoderó de Beppo al entrar en el solitario cuarto, donde todo atestiguaba la reciente presencia del amigo que acababa de dejarle.

Se sentó en la misma mesa junto a la cual estaba aún la silla vacía en la que una hora antes estuvo sentado Gaetano; después, resuelto a no acostarse, fue a buscar libros, pluma y papel y se puso a trabajar.

Pero, ¡cosa singular!, durante su trabajo, tres veces se apagó la lámpara, no de pronto, no por casualidad sino por sí misma como una boca que cesa de respirar, como un alma que se escapa.

Por tres veces Beppo la encendió asegurándose cada vez de que no se había apagado por falta de aceite, pues que al asomar el día el recipiente estaba lleno hasta la mitad. Beppo era supersticioso como lo son todos los melancólicos. Su pesar de haber abandonado a Gaetano se convirtió casi en remordimiento, su tristeza llegó a ser casi desesperación.

Además, por una coincidencia extraña, la lámpara se apagó mientras Beppo que, como lo hemos dicho, se había encargado de comunicar la triste noticia, escribía a los parientes de Antonio. Amaneció sin que Beppo pudiera acostarse. El joven había contado con el día para desechar sus ideas sombrías, pero el día era triste como de invierno; y, aun cuando el estudiante se esforzó en trabajar, el trabajo no pudo distraerle ni un momento de la incesante aprensión de que Gaetano corría algún peligro.

En efecto el camino es largo de Bolonia a Roma, y no siendo aún hoy día muy seguro para los viajeros que corren la posta de noche, menos lo sería en la época de estos acontecimientos.

Por prisa que se diera Gaetano, no podía contar con su amigo con que hiciera el camino de Bolonia a Roma en menos de sesenta horas, y como había partido por la noche, como no debía detenerse como Beppo sabía que bajo ningún pretexto se detendría resulta que eran tres noches de peligro las que debía pasar.

Transcurrió el día lleno de tristeza y terminó más triste aún. El entierro de Antonio estaba fijado para la noche; se efectuó a la luz de las antorchas, como es costumbre en Italia, y toda la universidad de Bolonia, menos el matador, y Gaetano figuró en la comitiva.

A cosa de las once, Beppo entró tan fatigado en su habitación, que no pensó siquiera en luchar con el sueño; se acostó, y se durmió en seguida.

Pero apenas se apagó la lámpara, apenas cerró los ojos, apenas el pensamiento había perdido su lucidez, Beppo lanzó un grito, saltó fuera de su lecho y, a tientas, corrió a apoderarse de su espada. Daban las once.

Tras un instante de reflexión Beppo encendió luz y se sentó, pálido y pensativo, sobre su cama, sin abandonar la espada.

Acababa de soñar que Gaetano, detenido en medio de un camino, luchaba contra una docena de hombres de patibularios rostros. Había creído oír la doble detonación de las pistolas; y, despierto como estaba aún una voz sonaba todavía en sus oídos pidiendo socorro.

No obstante, al cabo de algunos minutos, su razón pareció dominar ese terror que nada motivaba; se volvió a acostar y volvió a dormirse. Pero su sueño prosiguió como una acción empezada y que debía terminarse. Vio a Gaetano tendido a orillas del camino, con una herida en el corazón.

Después, por fin, en medio de un solitario paisaje, entre montañas cubiertas de nieve, una huesa abierta recientemente y cuyo negro hoyo se destacaba cual fúnebre mancha en la blanca capa del invierno.

Cuando Beppo despertó, después de ese tercer sueño, el sol brillaba esplendoroso. Era el día en que debía presentarse al examen, pero en lugar de ello, el joven se levantó, vistió su traje de camino, tomó a su vez sus armas y su bolsa, compró el más vigoroso caballo que pudo encontrar, y partió para reunirse con Gaetano o tener a lo menos noticias suyas.

Estaba resuelto a viajar noche y día, siguiendo el camino que emprendiera su amigo. Cuando su caballo no pueda llevarlo, compraría o alquilaría otro.

Con esta resolución, marchó desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche sin más interrupción que un alto de media hora en Lojono; por la noche bien hubiera querido proseguir su camino, pero se negó el caballo. Había andado cincuenta millas y tenía necesidad de algunas horas de descanso.

Preciso le fue pues a Beppo detenerse, como hemos dicho, a las diez de la noche, en Monte Carelli, aldea perdida en el corazón de los Apeninos.

Se detuvo en una posada donde no se alojaban comúnmente más que carreteros, y después de haber cuidado a su caballo del que se ocupaba con preferencia, pensó en él y pidió de cenar.

Como se vio fácilmente que el joven pertenecía a una clase de viajeros superior a la que acostumbraba detenerse en el mesón de Porta Rossa se le sirvió su cena en aposento aparte. Este consistía en una sala baja iluminada apenas por una mala lámpara, sala donde había hecho entrar a Beppo una vieja, en tanto que delante de él ponían una mesa donde comer un par de chuletas y una tortilla con salchichón.

Mientras ocurrían esos preliminares, el joven se paseaba de arriba abajo, ansioso y escuchando el ruido de su espada al dar contra sus piernas. Llegaron por fin los dos platos esperados. La vieja acabó todos los preparativos poniendo un vaso y una botella sobre la mesa, preguntó a Beppo si necesitaba algo más, en vista de su respuesta negativa salió dejando al viajero solo.

Beppo tenía prisa de engullir la flaca colación, durante la cual esperaba que su caballo recobrara fuerzas para continuar el camino. Desciñó, pues, la espada, la dejó allí cerca y fue a sentarse.

Pero, apenas había tomado asiento, cuando a la otra parte de la mesa, frente a él, vio, sin saber por dónde entró ni cómo había ido allá, a Gaetano sentado, los brazos sobre el pecho y sonriéndole tristemente.

La dama pálida

Soy polaca, nací en Sandomir, vale decir en un país donde las leyendas se tornan artículos de fe, donde creemos en las tradiciones de familia como y, acaso más que, en el Evangelio. No hay castillo entre nosotros que no tenga su espectro, ni una cabaña que no tenga su genio familiar. En la casa del rico como en la del pobre, en el castillo como en la cabaña, se reconoce el principio amigo y el principio enemigo.

A veces estos dos principios entran en lucha y se combaten. Entonces se escuchan ruidos tan misteriosos en los corredores, rugidos tan horrendos en las antiguas torres, sacudidas tan formidables en las murallas, que los habitantes huyen de la cabaña como del castillo, y aldeanos y nobles corren a la iglesia en busca de la cruz bendita o de las santas reliquias, únicos resguardos contra los demonios que nos atormentan. Pero otros dos principios más terribles aún, más furiosos e implacables, se encuentren allí enfrentados: la tiranía y la libertad.

El año 1825 vio empeñarse entre Rusia y Polonia una de esas luchas en las cuales creían agotada toda la sangre de un pueblo, como a menudo se agota la sangre de una familia entera. Mi padre y mis dos hermanos, rebelados

contra el nuevo zar, habían ido a alinearse bajo la bandera de la independencia polaca, postrada siempre, siempre renacida. Un día supe que mi hermano menor había sido muerto; otro día me anunciaron que mi hermano mayor estaba mortalmente herido; y por fin, después de una jornada angustiosa, durante la cual yo había escuchado aterrorizada el tronar siempre más cercano del cañón, vi llegar a mi padre con un centenar de soldados de a caballo, residuo de tres mil hombres que él comandaba.

Había venido a encerrarse en nuestro castillo con la intención de sepultarse bajo sus ruinas. Mientras no temía nada por él, temblaba por mí. Y en efecto, para él era único riesgo la muerte, porque estaba seguro de no caer vivo en manos del enemigo; pero a mí me amenazaba la esclavitud, el deshonor, la vergüenza. Mi padre escogió diez hombres entre los cien que le quedaban, llamó al intendente, le hizo entrega de cuanto dinero y objetos preciosos poseíamos y, recordando que —en ocasión de la segunda división de Polonia— mi madre, casi niña aún, había encontrado un asilo inaccesible en el monasterio de Sabastru, situado en medio de los montes Cárpatos, le ordenó conducirme a aquel monasterio que abriría a la hija, como hacía tiempo a la madre, sus hospitalarias puertas.

A despecho del gran amor que mi padre alimentaba por mí, nuestros saludos no fueron largos. Según todas las probabilidades, los rusos debían llegar el día siguiente a la vista del castillo, por lo que no había tiempo que perder. Me puse de prisa un vestido de amazona, con el que solía acompañar a mis hermanos en la caza. Me trajeron ensillado el mejor caballo de la cuadra; mi padre me puso en los bolsillos del arzón sus propias pistolas, obras maestras de las fábricas de Tula, me abrazó y dio la orden de partida.

Durante aquella noche y el día siguiente recorrimos veinte leguas, costeando uno de esos ríos sin nombre que desembocan en el Vístula. Esta primera doble etapa nos había sustraído al peligro de caer en manos de los rusos. El sol se dirigía al tramonto, cuando vimos brillar las nevadas cimas de los Cárpatos.

Hacia la noche del día siguiente llegamos a su pie: al fin, en la mañana del tercer día, comenzamos a avanzar por una de sus gargantas. Nuestros Cárpatos no se parecen a los fértiles montes del occidente de ustedes. Cuanto la naturaleza tiene de extraordinario y grandioso se presenta allí en toda su majestad. Sus tempestuosas cumbres se pierden en las nubes cubiertas de eternas nieves; sus inmensos bosques de abetos se inclinan sobre el terso espejo de lagos que por su vastedad semejan

mares; y de aquellos lagos, jamás navecilla alguna ha surcado sus ondas, jamás redes de pescadores turbaron su cristal profundo como el azul del cielo; apenas, de tiempo en tiempo, resuena allí la voz humana, haciendo escuchar un canto moldavo al que contestan los gritos de los animales selváticos: y cantos y gritos van a desvelar algún solitario eco, atónito de que un ruido cualquiera le haya revelado su propia existencia. Por millas y millas se viaja allí bajo la umbría bóveda de los bosques entrecruzados de las inesperadas maravillas que la soledad nos descubre a cada instante, y que hacen pasar nuestro ánimo del estupor a la admiración. Ahí donde quiera hay peligro, y el peligro se compone de mil riesgos diversos; pero no se tiene tiempo para atemorizarse, tan sublimes son aquellos riesgos. Aquí hay alguna cascada a la que dio origen imprevistamente la licuefacción de los hielos y que, saltando de roca en roca, invade de pronto el angosto sendero que se recorre, trazado por el paso de las fieras en fuga y del cazador que las persigue; allí hay árboles minados por el tiempo, que se desprenden del suelo y se derrumban con horrible estrépito semejante al de un terremoto; en otra parte, en fin, son los huracanes los que nos envuelven de nubes, en medio de las cuales se ve centellear, extenderse y contorsionarse el relámpago, como sierpe inflamada. Luego, tras de haber superado aquellas moles agrestes, aquellos bosques primitivos, tras de encontrarnos en medio de gigantescas montañas

y bosques interminables, nos vemos ante inmensos páramos, como mares que tienen también sus ondas y sus tempestades, áridas y gibosas estepas, donde la vista se pierde en un horizonte sin límite. Entonces no es terror lo que experimentamos, sino una triste y profunda melancolía, de la cual nada hay que pueda distraernos, porque el aspecto de la región, por lejos que se alargue nuestra mirada, es siempre el mismo. Ascendamos o descendamos las cien veces iguales pendientes, buscando en vano un camino trazado: al hallarnos tan perdidos en aquel aislamiento, en medio de desiertos, nos creemos solos en la naturaleza, y nuestra melancolía se convierte en desolación. Nos parece inútil caminar más adelante, porque no vemos una meta para nuestros pasos; no encontramos una aldea, ni un castillo, ni una cabaña, ni en suma vestigio de humana morada. Solo de cuando en cuando, como una tristeza más en aquella región melancólica, un pequeño lago sin cañas, sin arbustos, dormido en el fondo de un barranco, casi otro mar Muerto, nos cierra el camino con sus verdes aguas, sobre las cuales se levantan al acercarnos algunas aves acuáticas de gritos prolongados y discordantes. Rodeamos ese lago, trasponemos el collado que está delante de nosotros, descendemos a otro valle, superamos otra colina, y así sucesivamente, hasta que hayamos llegado a los comienzos de la cadena de montes que van siempre disminuyendo más. Pero si al concluir

esa cadena nos volvemos hacia el mediodía, la región recobra un carácter majestuoso, se nos presenta una naturaleza más grandiosa y descubriremos otra cadena de montañas más altas, de forma más pintoresca, de más rica vegetación, toda cubierta de espesos bosques, toda surcada de arroyos: con la sombra y con el agua renace también la vida en aquella comarca; se escucha ya el tañido de la campana de una ermita, y sobre el flanco de aquella montaña se ve serpentear una caravana. Por fin, a los últimos rayos del sol poniente se perciben desde lejos, a guisa de bandada de pájaros blancos, apoyándose las unas en las otras, las casas de una aldea, que parece que se hubieran agrupado en cierto modo para defenderse de un asalto nocturno; pues con la vida ha vuelto el peligro: aquí no se luchará con osos y lobos, como en aquellas altas montañas, sino con hordas de bandidos moldavos.

Entretanto nos acercábamos a nuestra meta. Diez días de camino habían transcurrido sin ningún incidente. Ya distinguíamos la cumbre del monte Pion, que se eleva sobre toda aquella familia de gigantes, y sobre cuya vertiente meridional está situado el convento de Sabastru al cual yo me trasladaba. Tres días más, y nos hallábamos al término de nuestro viaje. Eran los últimos días de julio. Habíamos tenido una jornada muy cálida, y hacia las cuatro respirábamos con ansioso deleite las primeras brisas del atardecer. Habíamos dejado atrás hacía poco

las torres ruinosas de Niantzo. Bajábamos a una llanura que empezábamos a ver a través de una hendidura de la montaña.

Desde el sitio donde estábamos, ya podíamos seguir con la vista el curso del Bistriza, de riberas esmaltadas de bermejeantes viñedos y de altas campánulas de flores blancas.

Bordeábamos un abismo en cuyo fondo corría el río, que en aquel lugar tenía apenas forma de torrente, y nuestras cabalgaduras tenían escaso espacio para caminar dos de frente. Nos precedía un guía, quien, inclinado de flanco sobre la grupa de su caballo, cantaba una canción morlaca, cuyas palabras seguía con singular atención. El cantor era también al mismo tiempo el poeta. Necesitaría ser uno de aquellos montañeses para poder expresarnos la melancolía de su canción con su salvaje tristeza, con toda su profunda sencillez. Las palabras de la canción eran poco más o menos las siguientes:

"¡Vean allí ese cadáver en la palude de Stavila, donde corriera tanta sangre de guerreros! No es un hijo de Iliria, no; es un feroz bandido, que después de haber engañado a la gentil María, robó, exterminó, incendió."

"Rauda como el relámpago una bala ha venido a atravesar el corazón del bandido; un yatagán le ha

tronchado el cuello. Pero, oh misterio, después de tres días, su sangre, tibia aún, riega la tierra bajo el pino tétrico y solitario y ennegrece el pálido Ovigan.”

“Sus ojos turquíes brillan siempre; huyamos, huyamos: guay de quien pase por la palude cerca de él: ¡es un vampiro! El feroz lobo se aleja del impuro cadáver, y el fúnebre buitre huye al monte de calvo frontis.”

De pronto se oyó la detonación de un arma de fuego y el silbar de una bala. La canción quedó interrumpida, y el guía, herido de muerte, se precipitó al abismo, mientras su caballo se detenía temblando y tendiendo la inteligente testa hacia el fondo del precipicio, donde desapareciera su dueño. Al mismo tiempo, se levantó por los aires un grito estridente, y sobre los flancos de la montaña vimos aparecer una treintena de bandidos: estábamos completamente rodeados. Cada uno de los nuestros empuñó un arma, y bien que, tomados inopinadamente, mis acompañantes, como que eran viejos soldados avezados al fuego, no se dejaron intimidar, y se pusieron en guardia. Yo misma, dando el ejemplo, empuñé una pistola, y conociendo bien cuán desventajosa era nuestra situación, grité: “¡Adelante!”, y di con la espuela a mi caballo que se lanzó a toda carrera hacia la llanura. Pero teníamos que vérnosla con montañeses que brincaban de roca en roca como verdaderos demonios de los abismos,

que, aun saltando, hacían fuego, manteniendo a nuestros flancos la posición tomada. Por lo demás, nuestro plan había sido previsto. En un punto donde el camino se ensanchaba y la montaña se allanaba un poco, aguardaba nuestro paso un joven a la cabeza de diez hombres a caballo. Cuando nos vieron, pusieron al galope sus cabalgaduras, y nos asaltaron de frente, mientras aquellos que nos perseguían bajaban saltando en gran cantidad, y cortada de tal modo nuestra retirada, nos rodeaban por todas partes.

La situación era grave; sin embargo, acostumbrada desde niña a las escenas de guerra, pude apreciarla sin que se me escapara una sola circunstancia. Todos aquellos hombres, vestidos de pieles de carnero, llevaban inmensos sombreros redondos, coronados de flores naturales al modo de los húngaros. Cada uno de ellos manejaba un largo fusil turco, que agitaban vivamente luego de haber disparado, dando gritos salvajes, y en la cintura portaba un sable corvo y dos pistolas. Su jefe era un joven de apenas veintidós años, de tez pálida, de ojos negros y cabellos ensortijados que le caían sobre las espaldas.

Vestía la casaca moldava guarnecida de piel y ajustada al cuerpo por una faja con listas de oro y seda. En su mano resplandecía un sable corvo, y en su cintura relucían cuatro pistolas.

Durante la lucha daba gritos roncos e inarticulados que parecían no pertenecer al habla humana, y sin embargo eran una eficaz expresión de sus deseos, pues a aquellos gritos obedecían todos sus hombres, ora echándose a tierra boca abajo para esquivar nuestras descargas, ora levantándose para disparar a su vez, haciendo caer a aquellos de nosotros que aún estaban de pie, matando a los heridos, haciendo en suma de la lucha una carnicería. Yo había visto caer uno después del otro los dos tercios de mis defensores. Cuatro estaban aún ilesos y se apretaban a mi alrededor, no pidiendo una gracia que tenían la certidumbre de no conseguir, y pensando solo en vender la vida lo más cara que fuese posible. Entonces el joven jefe dio un grito más expresivo que los anteriores, tendiendo la punta de su sable hacia nosotros. En verdad aquella orden significaba que debía rodearse nuestro último grupo de un cerco de fuego y fusilarnos a todos juntos, pues de un golpe vimos apuntarnos todos aquellos largos mosquetes.

Comprendí que había llegado la hora final. Alcé los ojos y las manos al cielo, murmurando una última plegaria, y aguardé la muerte. En ese instante vi, no descender sino precipitarse de peña en pena, un joven que se detuvo enhiesto sobre una roca que dominaba la escena, semejante a una estatua en un pedestal, y, extendiendo la mano hacia el campo de batalla, pronunció esta sola

palabra: “¡Basta!” Todas las miradas se volvieron a esa voz, y cada uno pareció obedecer al nuevo amo. Solo un bandido apuntó de nuevo su fusil e hizo el disparo. Uno de nuestros hombres dio un grito; la bala le había roto el brazo izquierdo. Se volvió al punto para lanzarse sobre el que le hiriera, pero aún no había hecho cuatro pasos su caballo, que un relámpago brilló por encima de nosotros y el bandido rebelde cayó herido por una bala en la cabeza... Tantas y tan diversas emociones habían acabado mis fuerzas; me desvanecí. Cuando recobré los sentidos, me hallé acostada sobre la hierba, con la cabeza apoyada en las rodillas de un hombre, de quien no veía sino la mano blanca y cubierta de anillos rodeándome el cuerpo, mientras ante mí estaba parado, de brazos cruzados y la espada bajo la axila, el joven jefe moldavo que dirigiera el asalto contra nosotros.

—Kostaki —decía en francés y con gesto autoritario el que me sostenía— que tus hombres se retiren de inmediato. Déjame al cuidado de esta joven.

—Hermano, hermano —respondió aquel a quien eran dirigidas tales palabras, y que parecía contenerse con esfuerzo— cuídate de no cansar mi paciencia; yo te dejo el castillo, déjame a mí el bosque. En el castillo tú eres el amo, pero aquí yo soy todopoderoso. Aquí me bastaría una sola palabra para obligarte a obedecerme.

—Kostaki, yo soy el mayor; lo que quiere decir que soy amo en todas partes, así en el bosque como en el castillo, allá y aquí. Como a ti, me corre por las venas la sangre de los Brankovan, sangre real que tiene el hábito de mandar, y yo mando.

—Manda a tus servidores, Gregoriska, no a mis soldados.

—Tus soldados son bandidos, Kostaki... bandidos que haré ahorcar en las almenas de nuestras torres si no me obedecen al instante.

—Bien, intenta darles una orden.

Sentí entonces que quien me sostenía retiraba su rodilla, y colocaba suavemente mi cabeza sobre una piedra.

Lo seguí ansiosa con la mirada y pude examinar a aquel joven que cayera, por así decirlo, del cielo en medio de la refriega, y que yo había podido ver apenas, estando desmayada, mientras aparecía a punto en escena. Era un joven de veinticuatro años, de alta estatura y con dos grandes ojos celestes y resplandecientes como el relámpago, en los que se leía una extraordinaria decisión y firmeza. Los largos cabellos rubios, indicio de la estirpe eslava, le caían sobre las espaldas como los del arcángel

Miguel, circundando dos mejillas rubicundas y frescas; sus labios realzados por una sonrisa desdeñosa, dejaban ver una doble hilera de perlas. Vestía una especie de túnica de velludo negro, calzones ceñidos a las piernas y botas bordadas; en la cabeza tenía un gorro puntiagudo ornado de una pluma de águila; en la cintura portaba un cuchillo de caza, y al hombro una pequeña carabina de dos caños, cuya precisión había aprendido a apreciar uno de los bandidos. Extendió la mano, y con ese gesto imperioso pareció imponerse hasta a su hermano. Pronunció algunas palabras en lengua moldava, las cuales parecieron causar profunda impresión sobre los bandidos. Entonces, a su vez, habló en la misma lengua el joven jefe, y me pareció que su discurso estaba lleno de amenazas y de imprecaciones. A aquel largo y vehemente discurso el hermano mayor contestó con una sola palabra. Los bandidos se sometieron; hizo un gesto, y los bandidos se sometieron; hizo un gesto, y los bandidos se reunieron detrás de nosotros.

—¡Bien! Sea, pues, Gregoriska— dijo Kostaki volviendo a hablar en francés—. Esta mujer no irá a la caverna, pero no por ello será menos mía. La encuentro hermosa, la he conquistado yo y la quiero yo.

Así diciendo, se lanzó hacia mí y me levantó entre sus brazos.

—Esta mujer será llevada al castillo y entregada a mi madre, yo no la abandonaré —dijo mi protector.

—¡Mi caballo! —gritó Kostaki en lengua moldava.

Varios bandidos se apresuraron a obedecer, condujeron a su señor la cabalgadura pedida... Gregoriska miró en torno, asió las bridas de un caballo sin dueño, y saltó a la silla sin tocar los estribos. Kostaki, bien que me tenía aún apretada entre sus brazos, montó en la silla casi tan ágilmente como su hermano, y partió a todo galope. El caballo de Gregoriska pareció haber recibido el mismo impulso y fue a ponerse pegado al flanco y al pescuezo del corcel de Kostaki. Extraño de verse eran aquellos dos caballeros que volaban el uno junto al otro, taciturnos, silenciosos, sin perderse de vista un solo instante, aun cuando aparentaran no mirarse, y se entregaban por entero a sus cabalgaduras, cuya impetuosa carrera los llevaba a través de bosques, rocas y precipicios.

Tenía la cabeza caída, y esto me permitía ver los bellos ojos de Gregoriska fijos en mí. Kostaki lo advirtió, me levantó la cabeza, y ya no vi más que su tétrica mirada devorándome. Bajé los párpados, pero en vano; a través de su velo, veía no obstante siempre aquella mirada relampagueante que me penetraba hasta las vísceras y me punzaba el corazón. Entonces me acaeció una

extraña alucinación; me parecía ser la Leonora de la balada de Bürger, llevada por el caballo y el caballero fantasmas, y cuando sentí que se me cerraban abrí los ojos amedrentada, tan persuadida estaba de ver alrededor mío solo cruces rotas y tumbas abiertas. Vi algo un poco más alegre; era el patio interno de un castillo moldavo construido en el siglo XIV.

Kostaki me dejó resbalar a tierra, bajando casi en seguida después que yo; pero, por rápido que hubiera sido su acto, Gregoriska le había precedido. Como lo dijera, en el castillo él era el amo. Al ver llegar a los dos jóvenes y a la extranjera que llevaban con ellos, acudieron los servidores; pero, aunque dividieron sus diligencias entre Kostaki y Gregoriska, aparecía claro que los mayores miramientos, el respeto más profundo eran para el segundo. Se aproximaron dos mujeres, Gregoriska les dio una orden en lengua moldava, y con la mano me indicó que las siguiera. La mirada que acompañaba aquel gesto era tan respetuosa que yo no vacilé absolutamente en obedecerle. Cinco minutos después me encontraba en una cámara que, aun cuando pudiera parecer desnuda y triste a una persona de menos fácil contentamiento, era sin embargo evidentemente la más hermosa del castillo. Una gran habitación cuadrada, con una especie de diván de sayal verde, asiento de día, lecho de noche. Había también allí cinco o seis sillones de encina, un inmenso

cofre, y en un ángulo un trono semejante a una gran silla de coro.

No había que hablar de cortinas en las ventanas y en el lecho. A los costados de la escalera que llevaba a aquella cámara, se erguían, dentro de nichos, tres estatuas de los Brankovan de tamaño superior al natural. Al poco rato trajeron nuestros bagajes, entre los cuales se encontraban también mis maletas. Las mujeres me ofrecieron sus servicios. No obstante, reparando el desorden que lo sucedido causara en mi tocado, conservé mi vestimenta de amazona, la cual, más que cualquier otra, acordaba con el modo de vestir de mis huéspedes. Apenas había hecho los pocos cambios necesarios en mis ropas, cuando oí golpear levemente en la puerta.

—Adelante —dije en francés, siendo esta lengua para nosotros los polacos, como saben, casi una segunda lengua materna.

Entró Gregoriska.

—¡Ah! señora, cuánto me complace que hables francés.

—Y yo también —respondí— estoy contenta de saber esta lengua, porque de tal modo he podido, gracias a este hecho, apreciar toda la generosidad de tu conducta

conmigo. En esa lengua me defendiste de los designios de tu hermano, y en esa lengua te ofrezco yo la expresión de mi sincero reconocimiento.

—Te lo agradezco, señora. Era cosa muy natural que me preocupara de una mujer que se encontraba en tu situación. Andaba de caza por los montes cuando llegaron a mi oído algunas detonaciones anormales y continuas; comprendí que se trataba de un asalto a mano armada, y marché al encuentro del fuego, como decimos nosotros en términos guerreros. A Dios gracias, llegué a tiempo, pero ¿sería tal vez demasiado atrevido si te preguntara, oh señora, por cuál motivo una mujer de alto linaje, como eres tú, se ha visto reducida a aventurarse en nuestros montes?

—Soy polaca —contesté—. Mis dos hermanos sucumbieron, no ha mucho, en la guerra contra Rusia; mi padre, a quien dejé yo mientras se preparaba a defender su castillo, sin duda se les ha reunido ya a esta hora, y yo, huyendo por orden de mi padre de todos aquellos estragos, iba en busca de refugio al monasterio de Sabastru, donde mi madre, en su juventud y en circunstancias semejantes, había encontrado asilo seguro.

—Eres enemiga de los rusos, tanto mejor —dijo el joven— este título te será poderosa ayuda en el castillo,

y nosotros necesitaremos de todas nuestras fuerzas para sostener la lucha que se prepara. Pero, ante todo, señora, pues que ya sé quién eres, debes saber también quiénes somos nosotros: el nombre de los Brankovan no te es desconocido, ¿verdad, señora? —Yo me incliné—. Mi madre es la última princesa de este nombre, la última descendiente del ilustre jefe mandado matar por los Cantimir, los viles cortesanos de Pedro I. Se casó en primeras nupcias con mi padre, Serban Waivady, príncipe también él, pero de estirpe menos ilustre. Mi padre había sido educado en Viena, y allí pudo apreciar las ventajas de la civilización. Decidió hacer de mí un europeo.

Partimos para Francia, Italia, España y Alemania.

Mi madre —no le toca a un hijo, lo sé, narrarte lo que te diré, pero, ya que por nuestra salvación es necesario que nos conozcamos bien, reconocerás justos los motivos de esta revelación— mi madre, digo, que durante los primeros viajes de mi padre, mientras era yo aún niño, había tenido culpables relaciones con un jefe de parciales (que con tal nombre, agregó sonriendo Gregoriska, se llaman en este país a los hombres por quienes fuiste agredida), cierto conde Giordaki Koproli, medio griego y medio moldavo, escribió a mi padre confesándole todo y pidiéndole el divorcio, apoyando su demanda en que no quería ella, una Brankovan, continuar siendo por más

tiempo mujer de un hombre que se tornaba día a día más extranjero a su patria.

¡Ay! Mi padre no tuvo necesidad de dar su asentimiento a esa petición, que te podrá parecer extraña, pero entre nosotros es cosa muy natural. Él había muerto de un aneurisma que desde mucho tiempo lo atormentaba, y la carta de mi madre la recibí yo. A mí ahora no me quedaba otra cosa que hacer votos sinceros por la felicidad de mi madre, y le escribí una carta, en la que le comunicaba estos votos míos junto con la noticia de su viudez. En aquella carta le pedía también permiso para poder continuar mis viajes, que me fue concedido. Tenía yo la firme intención de establecerme en Francia o Alemania para no encontrarme cara a cara con un hombre que aborrecía, y que no podía amar, quiero decir al marido de mi madre; cuando he aquí que, de improviso, vine a saber que el conde Giordaki Koproli había sido asesinado, según decires, por los viejos cosacos de mi padre. Amaba yo demasiado a mi madre para no apresurarme a regresar a la patria, comprendía su aislamiento y la necesidad en que debía encontrarse de tener junto a ella en tales circunstancias las personas que podían serle queridas.

Aun cuando ella nunca se hubiera mostrado muy tierna conmigo, era su hijo. Una mañana llegué inesperadamente al castillo de mis padres. Allí encontré

a un joven, a quien al principio tomé por un extranjero, pero luego supe que era mi hermano. Era Kostaki, el hijo del adulterio, legitimado por un segundo matrimonio; Kostaki, la indomable criatura que viste, para quien son leyes solo sus pasiones, que nada tiene por sagrado aquí abajo fuera de su madre, que me obedece como la tigresa obedece al brazo que la ha domado, pero rugiendo por siempre, en la vaga esperanza de poder devorarme un día. En el interior del castillo, en el hogar de los Brakovan y de los Waivady, yo soy aún el amo; pero fuera de este recinto, en la abierta campiña, él se convierte en el salvaje hijo de los bosques y de los montes, que quiere doblegarlo todo bajo su férrea voluntad. Cómo hoy él y sus hombres hicieron para ceder, no lo sé; quizá por antigua costumbre, o por un resto de respeto que me tienen. Pero no quisiera arriesgar otra prueba. Permanece aquí, no salgas de esta cámara, del patio, del castillo, en suma, y respondo de todo; si das un paso fuera del castillo, no puedo prometerte otra cosa que hacerme matar por defenderte.

—¿No podré entonces —dije yo— según el deseo de mi padre, continuar el viaje hacia el convento de Sabastru?

—Obra, intenta, ordena, yo te acompañaré, pero quedaré en mitad del camino, y tú... Tú ciertamente no alcanzarás la meta de tu viaje.

—Pero ¿qué hacer, entonces?

—Quédate aquí, aguarda, toma consejo de los hechos y aprovecha las circunstancias.

Suponte haber caído en una caverna de bandidos, y que solo tu valor podrá sacarte del apuro, tu calma salvarte. Mi madre, a despecho de la preferencia que concede a Kostaki, hijo de su amor, es buena y generosa. Por otra parte, es una Brankovan, vale decir una verdadera princesa. La verás: ella te defenderá de las brutales pasiones de Kostaki. Ponte bajo la protección de ella: sé cortés y te amará. Y en realidad (agregó él con expresión indefinible) ¿Quién podría verte y no amarte? Ven ahora al comedor donde mi madre te espera. No demuestres fastidio ni desconfianza: habla en polaco: aquí nadie conoce esta lengua; yo traduciré a mi madre tus palabras, y estate tranquila, que solo diré aquello que sea conveniente decir.

Sobre todo, ni una palabra de cuanto te he revelado: nadie debe sospechar que estamos de acuerdo. Tú no sabes aún de cuánta astucia y disimulación es capaz el más sincero de entre nosotros. Ven.

Lo seguí por la escalera iluminada de antorchas de resina ardiendo, puestas dentro de manos de hierro que sobresalían del muro. Era evidente que aquella insólita

iluminación había sido dispuesta para mí. Llegamos al comedor. Apenas Gregoriska hubo abierto la puerta de aquella sala, y pronunciado en el umbral una palabra en lengua moldava, que después supe significaba la extranjera, vino a nuestro encuentro una mujer de alta estatura. Era la princesa Brankovan. Tenía cabellos blancos entrelazados alrededor de la cabeza, la cual estaba cubierta de un gorro de cibelina, ornado de un penacho, signo de su origen principesco. Vestía una especie de túnica de brocado, el corpiño sembrado de piedras preciosas, sobrepuesta a una larga hopalanda de estofa turca, guarnecida de piel igual a la del gorro. Tenía en la mano un rosario de cuentas de ámbar, que hacía correr rápidamente entre los dedos. Junto a ella estaba Kostaki, vestido con el espléndido y majestuoso traje magiar, en el cual me pareció aún más extraño. Su traje estaba compuesto de una sobrevesta de velludo negro, de anchas mangas, que le caía hasta debajo de la rodilla, calzones de casimir rojo, y los largos cabellos de color negro tirando a azulado le caían sobre el cuello desnudo, rodeado solamente por la orla blanca de una fina camisa de seda. Me saludó torpemente, y pronunció en moldavo algunas palabras para mí ininteligibles.

—Puedes hablar en francés, hermano mío —dijo Gregoriska—; la señora es polaca y comprende esta lengua.

Entonces Kostaki dijo en francés algunas palabras casi tan incomprensibles para mí como las que pronunciara en moldavo; pero la madre, tendiendo gravemente el brazo, interrumpió a los dos hermanos. Aparecía claro que intimaba a sus hijos que esperaran a que solo ella me recibiera. Comenzó entonces en lengua moldava un discurso de cumplimiento, al cual la movilidad de sus facciones daba un sentido fácil de explicarse. Me indicó la mesa, me ofreció una silla cerca de ella, señaló con un gesto la casa toda, como diciendo que estaba a mi disposición, y, sentándose antes que los demás con benévola dignidad, hizo la señal de la cruz y pronunció una plegaria. Entonces cada uno ocupó su lugar propio, establecido por la etiqueta, Gregoriska cerca de mí. Como extranjera, yo había determinado que a Kostaki le tocara el puesto de honor junto a su madre Smeranda. Así se llamaba la condesa. También Gregoriska había mudado de vestimenta. Llevaba él igualmente la túnica magiar y los calzones de casimir, pero aquella de color granate y estos turquíes. Tenía colgada del cuello una espléndida condecoración, el nisciam del sultán Mahmud. Los otros comensales de la casa cenaban en la misma mesa, cada uno en el sitio que le correspondía según el grado que ocupaba entre los amigos o los servidores. La cena fue triste: Kostaki no me dirigió nunca la palabra, si bien su hermano tuvo siempre la atención de hablarme en francés. La madre me ofrecía de todo con sus propias manos con

ese ademán solemne que le era natural; Gregoriska había dicho la verdad: era una verdadera princesa. Luego de la cena, Gregoriska se acercó a su madre, y le explicó en lengua moldava el deseo que yo debía tener de estar sola, y cuán necesario me sería el reposo después de las emociones de aquella jornada. Smeranda hizo un gesto de aprobación, me tendió la mano, me besó en la frente, como lo hubiera hecho con una hija suya, y me deseó buena noche en su castillo. Gregoriska no se había engañado: yo ansiaba ardientemente aquel instante de soledad. Agradecí por eso a la princesa, quien me condujo hasta la puerta, donde me esperaban las dos mujeres que antes ya me acompañaran en mi cámara. Saludado que hube a la madre y a los dos hijos, volví a mi aposento, de donde saliera una hora antes.

El sofá estaba transformado en lecho. Otros cambios no se habían hecho. Agradecí a las mujeres: les hice comprender que me desvestiría sola, y ellas salieron en seguida con mil testimonios de respeto que querían significar tener órdenes de obedecerme en todo y por odio.

Quedé sola en aquella inmensa cámara, que mi candela podía alumbrar apenas en parte. Era un singular juego de luces, una especie de lucha entre el resplandor trémulo de mi cirio y los rayos de la luna que pasaban a

través de la ventana sin cortinados. Además de la puerta por la que entrara, y que caía sobre la escalera, había otras dos en la cámara; pero sus gruesos cerrojos, que se cerraban por dentro, bastaban para tranquilizarme. Miré la puerta de entrada; también ella tenía medios de defensa. Abrí la ventana: daba sobre un abismo. Comprendí que Gregoriska había elegido aquella cámara calculadamente. De vuelta por fin a mi sofá, encontré sobre una mesita puesta junto a la cabecera una tarjeta doblada. La abrí y leí en polaco: *Duerme tranquila: nada tienes que temer mientras permanezcas en el interior del castillo.* Seguí el buen consejo, y como el cansancio vencía sobre las preocupaciones que me tenían desazonada, me acosté y en seguida me dormí.

Desde aquel momento quedaba fijada mi permanencia en el castillo y tenía principio el drama que voy a narrarles.

Los dos hermanos se enamoraron de mí, cada uno según su índole. Kostaki me confesó de improviso, al día siguiente, que me amaba, y declaró que sería suya y no de otro, y que me mataría antes que cederme a quienquiera que fuese. Gregoriska no me dijo nada, pero se mostró lleno de amor y de consideraciones conmigo. Para complacerme puso en práctica todos los medios de su refinada educación, todos los recuerdos de una juventud transcurrida en la más nobles Cortes de Europa. ¡Ay! No

era cosa tan difícil pues ya el primer sonido de su voz me había acariciado el alma, y ya su primera mirada me había serenado el corazón. Al cabo de tres meses Kostaki me había repetido cien veces que me amaba, y yo lo odiaba; Gregoriska aún no me había dicho una palabra de amor y yo sentía que cuando él lo deseara sería toda suya.

Kostaki había renunciado a sus incursiones. Encerrado siempre en el castillo, había cedido momentáneamente el mando a un lugarteniente, quien de cuando en cuando venía a pedirle órdenes, y en seguida desaparecía. También Smeranda había concebido por mí una amistad apasionada, cuyas expresiones me causaban temor. Protegía ella visiblemente a Kostaki, y parecía celosa de mí más aún de lo que él lo fuera. Pero como no hablaba polaco ni francés, y yo no comprendía el moldavo, ella no tenía modo de insistir ante mí en favor de su hijo predilecto. Había sin embargo aprendido a decir en francés unas palabras que me repetía siempre cuando posaba sus labios en mi frente:

—*¡Kostaki ama a Edvige!*

Un día recibí una noticia horrible que colmó mi desventura. Los cuatro hombres sobrevivientes del combate habían sido puestos en libertad y regresado

a Polonia, prometiendo que uno de ellos, antes de que pasaran tres meses, volvería para darme noticias de mi padre. En efecto, una mañana se presentó de nuevo uno de ellos. Nuestro castillo había sido tomado, incendiado, destruido, y mi padre se había hecho matar defendiéndolo. En adelante estaba sola en el mundo. Kostaki redobló sus insinuaciones, y Smeranda sus ternuras; pero esta vez aduje como pretexto mi duelo por la muerte de mi padre. Kostaki insistió diciendo que cuanto más sola me encontraba, tanto más necesidad tenía de apoyo, y su madre insistió al par y acaso más que él.

Gregoriska me había hablado del poder que los moldavos tienen sobre sí mismos, cuando no quieren que otros lean en su corazón. Él era un vivo ejemplo de ello. Estaba segurísima de su amor, y, sin embargo, si alguien me hubiera preguntado en qué prueba se fundaba tal certidumbre, me habría sido imposible decirlo: nadie en el castillo había visto nunca que su mano tocara la mía, o que sus ojos buscaran los míos. Solo los celos podían hacer clara a Kostaki la rivalidad del hermano, como solo el amor que alimentaba yo por Gregoriska podía hacerme claro su amor. Sin embargo, lo confieso, me inquietaba mucho aquel poder de Gregoriska sobre sí mismo. Yo tenía fe en él, pero no bastaba; necesitaba ser convencida; cuando he aquí que una noche, de vuelta apenas en mi cámara, oí golpear levemente a una de las

dos puertas que se cerraban por dentro. Por el modo de golpear adiviné que era una llamada amiga. Me acerqué, preguntando quién estaba allí.

—Gregoriska —contestó una voz cuyo acento no podía engañarme.

—¿Qué quieres de mí? —le pregunté toda temblorosa.

—Si tienes fe en mí —dijo Gregoriska— si me crees hombre de honor, ¿me permites una pregunta?

—¿Cuál?

—Apaga la luz como si te hubieras acostado, y de aquí en media hora, ábreme esta puerta.

—Vuelve dentro de media hora... —fue mi única respuesta.

Apagué la luz y aguardé. El corazón me palpitaba con violencia, pues comprendía que se trataba de un hecho importante. Transcurrió la media hora: oí golpear más levemente aún que la primera vez. Durante el intervalo había descorrido los cerrojos; no me quedaba pues sino abrir la puerta. Gregoriska entró, y sin que me dijera, cerré la puerta tras él y eché los cerrojos. Él permaneció un instante mudo e inmóvil, imponiéndome silencio con el gesto.

Luego, cuando estuvo seguro de que ningún peligro nos amenazaba por el momento, me llevó al centro de la vasta cámara, y sintiendo, por mi temblor, que no habría podido sostenerme de pie, me buscó una silla. Me senté o más bien me dejé caer sobre el asiento.

—¡Dios mío! —le dije— ¿qué hay de nuevo, o por qué tantas precauciones?

—Porque mi vida, que no contaría para nada, y acaso también la tuya, dependen de la conversación que tendremos.

Amedrentada, le aferré una mano. Se la llevó él a los labios, mirándome como si quisiera pedir excusas por tanta audacia. Bajé yo los ojos, era un tácito consentimiento.

—Yo te amo —me dijo con aquella voz melodiosa como un canto— ¿me amas tú?

—Sí —le respondí.

—¿Y consentirías en ser mi mujer?

Llevó la mano a la frente con profunda expresión de felicidad.

—Sí.

—Entonces, ¿no rehusarás seguirme?

—Te seguiré doquiera.

—Pues comprenderás bien que no podemos ser felices sino huyendo de estos lugares

—¡Oh sí! Huyamos —exclamé.

—¡Silencio! —dijo él estremeciéndose— ¡Silencio!

—Tienes razón

Y me le acerqué toda tremante.

—Escucha lo que he hecho —continuó Gregoriska— escucha por qué he estado tanto tiempo sin confesarte que te amaba. Quería yo, cuando estuviera seguro de tu amor, que nadie pudiera oponerse a nuestra unión. Yo soy rico, querida Edvige, inmensamente rico, pero como lo son los señores moldavos: rico en tierras, en ganados, en servidores. Ahora bien, he vendido por un millón, tierras, rebaños y campesinos al monasterio de Hango. Me han dado trescientos mil francos en muchas piedras preciosas, cien mil francos en oro, el resto en letras de cambio sobre Viena. ¿Te bastará un millón?

Le apreté la mano.

—Me hubiera bastado tu amor, Gregoriska, júzgalo tú.

—¡Bien! Escucha; mañana voy al monasterio de Hango para tomar mis últimas disposiciones con el superior. Él me tiene listos caballos que nos esperarán de las nueve de la mañana en adelante ocultos a cien pasos de castillo. Después de la cena, subirá de nuevo como hoy a tu cámara; como hoy apagarás la luz; como hoy entraré yo en tu aposento. Pero mañana, en vez de salir solo tú me seguirás, saldremos por la puerta que da sobre los campos, encontraremos los caballos, montaremos, y pasado mañana por la mañana habremos recorrido treinta leguas.

—¡Oh! ¡Por qué no será ya pasado mañana!

—¡Querida Edvige!

Gregoriska me apretó sobre el corazón, y nuestros labios se encontraron. ¡Oh! Lo había dicho él, yo había abierto la puerta de mi cámara a un hombre de honor; pero comprendió bien que si no le pertenecía en cuerpo le pertenecía en alma. Transcurrió la noche sin que pudiera cerrar los ojos. Me veía huir con Gregoriska, me sentía transportada por él como ya lo había sido por Kostaki: solo que aquella carrera terrible, espantable,

fúnebre, se trocaba ahora en un apuro suave y delicioso, al que la velocidad del movimiento agregaba deleite, pues también el movimiento veloz tiene un deleite propio... Nació el día. Bajé. Me pareció que el ademán con que me saludó Kostaki era aún más tétrico que de costumbre. Su sonrisa era irónica y amenazadora. Smeranda no me pareció cambiada. Durante la colación, Gregoriska ordenó sus caballos. Parecía que Kostaki no pusiera ni la mínima atención en aquella orden.

Hacia las once Gregoriska nos saludó, anunciando que estaría de regreso recién a la noche, y rogando a su madre que no lo esperase a cenar: después, se volvió hacia mí y me rogó quisiera admitir sus excusas.

Salió. La mirada de su hermano lo siguió hasta cuando dejó la cámara, y en ese momento le brotó de los ojos un tal relámpago de odio que me estremecí. Pueden imaginarse con qué inquietud pasé aquel día. A nadie había confiado nuestros designios, a duras penas le hablé a Dios de ello en mis plegarias, y me parecía que todos los conocieran, que cada mirada puesta en mí pudiera penetrar y leer en lo íntimo de mi corazón... La cena fue un suplicio; hosco y taciturno, Kostaki, por costumbre, hablaba raramente: esta vez no dijo más que dos o tres palabras en moldavo a su madre, y siempre con tal acento que hacía estremecer. Cuando me levanté para subir a mi

aposento, Smeranda, como de ordinario, me abrazó, y al abrazarme repitió aquella frase que desde ya ocho días no le saliera de la boca: *¡Kostaki ama a Edvige!* Esta frase me siguió como una amenaza hasta mi cámara, y aun allí me parecía que una voz fatal me susurrase al oído: ¡Kostaki ama a Edvige! Ahora el amor de Kostaki, me lo había dicho Gregoriska, equivalía a la muerte. Hacia las siete de la noche vi a Kostaki atravesar el patio. Se volvió para verme, pero me aparté para que no pudiera descubrirme. Estaba inquieta, pues por cuanto podía yo ver desde mi ventana, me parecía que él iba directamente hacia la caballeriza. Me arriesgué a correr los cerrojos de una de las puertas internas de mi cámara y pasar a la cámara vecina, desde donde podía ver todo lo que él estaba por hacer. Se dirigía, en efecto, hacia la caballeriza, y cuando hubo llegado a ella sacó él mismo su caballo favorito, ensillándolo de su propia mano con el cuidado de un hombre que da la mayor importancia a cada detalle. Vestía el mismo traje que cuando se me apareciera la vez primera, pero no llevaba otra arma que el sable. Cuando hubo ensillado el caballo, miró otra vez hacia la ventana de mi cámara. No habiéndome visto, saltó sobre la silla, se hizo abrir la misma puerta por la que saliera y debía volver su hermano, y se alejó a todo galope en dirección del monasterio de Hango. Se me apretó entonces terriblemente el corazón; un fatal presentimiento me decía que Kostaki iba al encuentro de su hermano. Estuve en la

ventana hasta cuando pude distinguir el camino que, a un cuarto de legua de distancia del castillo, hacía un recodo a la izquierda y se perdía en el comienzo de un bosque. Pero la noche se tornaba cada vez más cerrada, y pronto no pude distinguir más el camino Me quedé todavía. Finalmente, la inquietud que me atormentaba renovó, precisamente por exceso, mis fuerzas, y pues las primeras noticias, de uno o de otro hermano, debían llegarme en la sala inferior, bajé Miré ante todo Smeranda. En la tranquilidad de su rostro advertí que no tenía ninguna aprensión; daba órdenes para la acostumbrada cena, y los cubiertos de los hermanos estaban en los lugares habituales. No me atreví a interrogar a nadie. Por otra parte, ¿a quién hubiera podido dirigirme? En el castillo ninguno, excepto Kostaki y Gregoriska, hablaban las dos lenguas que yo sabía. Me sobresaltaba al mínimo rumor. Por costumbre, nos poníamos a la mesa a las nueve.

Había bajado a la sala a las ocho y media, y seguía con la mirada la aguja de los minutos, cuyo avance era casi visible sobre el amplio cuadrante del reloj. La viajera aguja transitó la distancia que nos separaba del cuarto de hora.

El cuarto golpeó, y las vibraciones resonaron profundas y tristes; en seguida, la aguja continuó su girar silencioso, y la vi recorrer de nuevo la distancia con la regularidad

y la lentitud de la punta de un compás. Algunos minutos antes de dar las nueve me pareció oír el pataleo de un caballo en el patio. Lo oyó también Smeranda, y volvió el rostro hacia la ventana: pero la noche era demasiado oscura para poder distinguir objeto alguno. ¡Oh! Si me hubiera mirado en aquel momento, cuán presto habría adivinado lo que pasaba en mi corazón...

Se había oído el patalear de un solo caballo, y era cosa muy natural, pues estaba yo bien segura de que habría regresado un solo caballero. ¿Pero cuál? Resonaron algunos pasos en la antecámara; pasos lentos, como los de un hombre que camina hesitando: cada uno de ellos me parecía transitar mi el corazón. La puerta se abrió, y en la oscuridad vi delinearse una sombra.

La sombra se detuvo un instante en la puerta; el corazón se me quedó en suspenso. La sombra avanzó, y a medida que entraba en el círculo de la luz, recobraba yo el aliento.

Reconocí a Gregoriska. Algunos momentos más, y el corazón se me quebraba. Reconocí a Gregoriska, pero estaba pálido como un cadáver. Con s.olo verle se podía adivinar que había acontecido algo terrible.

—¿Eres tú, Kostaki? —preguntó Smeranda.

—No, madre mía —contestó Gregoriska con sorda voz.

—¡Ah, al fin! —dijo ella— ¿y desde cuándo acá toca a tu madre esperarte?

—Madre mía —dijo Gregoriska mirando la péndola— apenas son las nueve.

Y efectivamente en ese mismo momento sonaron las nueve.

—Es verdad —dijo Smeranda—. ¿Dónde está tu hermano?

A pesar mío se presentó en mi mente el pensamiento de que Dios había hecho la misma pregunta a Caín. Gregoriska no contestó.

—¿Nadie ha visto hasta ahora a Kostaki? —preguntó Smeranda.

El intendente, o sea el mayordomo, fue a informarse

—Hacia las siete —dijo él de regreso— el conde ha estado en las caballerizas, ha ensillado con propia mano su caballo, y ha partido por el camino de Hango.

En ese instante mis ojos se encontraron con los de Gregoriska. No sé si fue realidad o alucinación, pero me pareció notar una gota de sangre en medio de su frente. Me llevé lentamente el dedo a la frente indicando el punto donde creía yo ver aquella mancha, Gregoriska me comprendió: sacó el pañuelo y se secó.

—Sí, sí —murmuró Smeranda— habrá encontrado algún lobo u oso, y se habrá entretenido en perseguirlo. He aquí por qué un hijo hace esperar a su madre. ¿Dónde le has dejado, Gregoriska?

—Madre mía —respondió este con voz conmovida pero firme— mi hermano y yo no hemos salido juntos.

—Bien —dijo Smeranda—. Vamos a la mesa, cada uno póngase en su lugar, y luego ciérrense las puertas; quien esté afuera, dormirá afuera.

Las dos primeras partes de estas órdenes fueron estrictamente ejecutadas. Smeranda se puso en su lugar, Gregoriska se sentó a su diestra, yo a su siniestra. Después los servidores salieron para cumplir la tercera parte de las órdenes, es decir para cerrar las puertas del castillo. En ese momento mismo se escuchó un gran estrépito en el patio, y un servidor entró espantado diciendo:

—Princesa, ha entrado en este instante al patio el caballo del conde Kostaki, solo y por

entero cubierto de sangre.

—¡Oh! —murmuró Smeranda levantándose pálida y amenazadora— de tal modo volvió una noche al castillo el caballo de su padre.

Dirigió una mirada a Gregoriska: no estaba pálido ya, estaba lívido. El caballo del conde Koproli, en efecto, había regresado una noche al castillo todo manchado de sangre, y una hora después los servidores encontraron y trajeron el cuerpo del amo cubierto de heridas.

Smeranda tomó una antorcha de manos de un criado, se acercó a la puerta y abriéndola bajó al patio. El caballo, espantado, era retenido trabajosamente por tres o cuatro servidores que hacían toda clase de esfuerzos para tranquilizarlo. Smeranda se aproximó al animal, examinó la sangre que cubría la silla y vio una herida en su testuz.

—Kostaki fue muerto de frente —dijo ella— en duelo y por un solo enemigo. Busquen su cuerpo, hijos míos, más tarde buscaremos al homicida.

Así como el caballo había entrado por la puerta de Hango, todos los servidores se precipitaron afuera por ella, y se vieron sus antorchas perderse en la campiña y entrar en lo profundo del bosque, como en una hermosa noche de estío se ven centellear las luciérnagas en la llanura de Niza o de Pisa.

Smeranda, como si hubiera estado segura de que la búsqueda no duraría mucho, aguardó enhiesta en la puerta. Ni una lágrima humedecía las mejillas de aquella madre desolada, sin embargo, se veía que la desesperación rugía tempestuosa en lo profundo de su corazón... Gregoriska estaba detrás de ella, y yo cerca de Gregoriska. Al abandonar la sala, pareció querer ofrecerme su brazo, pero no se había atrevido a hacerlo. De ahí en cerca de un cuarto de hora se vio aparecer en el recodo del camino una antorcha, luego una segunda, una tercera, y finalmente se distinguieron todas. Solo que ahora, en vez de dispersarse estaban agrupadas en torno a un centro común. Ese centro era, como bien pronto se pudo advertir, unas parihuelas con un hombre tendido sobre ellas. El fúnebre cortejo avanzaba lentamente, pero al cabo de diez minutos quienes lo llevaban se descubrieron instintivamente la cabeza, y taciturnos entraron en el patio, donde fue depositado el cuerpo. Entonces, con un majestuoso gesto, Smeranda ordenó que se le abriera paso, y acercándose al cadáver puso una rodilla en tierra

ante él, apartó los cabellos que le formaban un velo sobre el rostro, y estuvo contemplándolo largamente, sin derramar una lágrima. Le abrió luego la vestimenta moldava y apartó camisa ensangrentada. La herida se hallaba en la parte diestra del pecho. Debía haber sido hecha con una hoja recta y de dos filos. Recordé haber visto esa mañana misma al costado de Gregoriska el largo cuchillo de caza que servía de bayoneta a su carabina. Busqué con los ojos el arma: no estaba ya allí. Smeranda se hizo llevar agua, mojó en ella su pañuelo y lavó la llaga. Una sangre pura y tibia todavía enrojeció los labios de la herida. El espectáculo que tenía bajo los ojos era a un tiempo atroz y sublime. Aquella vasta cámara ahumada por las antorchas de resina, aquellos rostros bárbaros, aquellos ojos centelleantes de ferocidad, aquellos ropajes singulares, aquella madre que, a la vista de la sangre aun cálida, calculaba cuánto tiempo hacía que la muerte arrebatara a su hijo, aquel profundo silencio interrumpido solo por los sollozos de los bandidos cuyo jefe era Kostaki, todo eso, repito, tenía en sí algo de atroz y de sublime. Smeranda acercó sus labios a la frente de su hijo, y se levantó; en seguida, echándose a las espaldas las largas trenzas de blancos cabellos que se le habían desunido:

—¡Gregoriska! —dijo

Gregoriska se estremeció, sacudió la cabeza y saliendo de su atonía:

—Madre mía —respondió.

—Ven aquí, hijo mío, y escúchame

Gregoriska obedeció, temblando, pero obedeció.

A medida que se aproximaba al cuerpo de Kostaki, la sangre brotaba de la herida más abundante y más roja. Afortunadamente Smeranda no miraba más hacia aquel lado, pues a la vista de aquella sangre no habría tenido ya necesidad de buscar el asesino.

—Gregoriska —dijo ella— bien sé que Kostaki y tú no se miraban con buenos ojos, bien sé que tú eres un Waivady por parte de tu padre, y él un Koproli por parte del suyo, pero por parte de madre son ambos de la sangre de los Brankovan. Sé que tú eres un hombre de ciudad occidental y él un hijo de las montañas orientales; pero por el seno que los llevó a ambos, son hermanos. ¡Pues bien! Gregoriska, quiero saber si mi hijo será llevado a yacer junto a la tumba de su padre sin que haya sido pronunciado el juramento, si yo en fin podré llorar tranquila, como mujer, descansando en ti, vale decir en un hombre, para el castigo

—Dime, señora, el nombre del homicida, y ordena; te juro que, dentro de una hora, si tú lo exiges, habrá dejado de vivir.

—¿Juras so pena de mi maldición, lo has entendido, hijo mío? ¿Juras que el asesino morirá, que no dejarás piedra sobre piedra de su casa: que su madre, sus hijos, sus hermanos, su mujer o su prometida perecerán por tu mano? Júralo, y, al jurarlo, invoca sobre ti la cólera celeste si faltas a la sacra promesa. Si faltas a esta sacra promesa, padecerás la miseria, la execración de los amigos, la maldición de tu madre Gregoriska extendió la mano sobre el cadáver, y:

—¡Juro que el asesino morirá! —dijo.

A aquel singular juramento, cuyo verdadero sentido yo sola y el muerto quizá podíamos comprender, vi o creí ver cumplirse un horrendo prodigio. Los ojos del cadáver se abrieron, se fijaron sobre mí más vivos cual nunca los viera, y, como si aquella mirada hubiera sido palpable, sentí penetrarme hasta el corazón un hierro candente. No resistí tanto dolor, y me desvanecí.

Cuando recobré los sentidos me encontré acostada sobre el lecho de mi cámara: una de las dos mujeres velaba cerca de mí. Pregunté dónde estaba Smeranda; me fue contestado que velaba junto al cuerpo de su hijo.

Pregunté dónde estaba Gregoriska: se me dijo que en el monasterio de Hango.

Ahora no era preciso huir: ¿no había muerto Kostaki? No se debía ya hablar de boda, ¿podía yo casarme con el fratricida? Transcurrieron así tres días y tres noches en medio de extraños sueños. En la vigilia y en el sueño veía siempre aquellos dos ojos vivos en ese rostro de muerto: era una visión horrenda. Kostaki debía ser sepultado al tercer día.

Por la mañana me fue traído de parte de Smeranda un vestido completo de viuda. Me lo puse y bajé. La casa parecía vacía, todos estaban en la capilla. Me encaminé hacia ella, y al tiempo que trasponía su umbral, vino a mi encuentro Smeranda a quien no había visto desde hacía tres días.

Se hubiera dicho que era la imagen del Dolor. Con lento movimiento como el de una estatua, posó sobre mi frente sus helados labios, y con voz que parecía salir ya de la tumba, pronunció las habituales palabras; *¡Kostaki te ama!...* No se pueden imaginar el efecto que produjeron en mí aquellas palabras. Esa protesta de amor expresada en presente en vez de en pasado, que decía te ama, y no ya te amaba; ese amor de ultratumba que venía a buscarme en la vida, hizo sobre mi corazón una impresión terrible.

Al mismo tiempo se apoderaba de mí un extraño sentimiento, tal como si fuera verdaderamente la mujer de aquel que había muerto, no la prometida del vivo. Aquel ataúd me atraía a mi pesar, dolorosamente, como la sierpe atrae al pajarillo por ella fascinado.

Busqué con los ojos a Gregoriska; lo vi pálido y enhiesto contra una columna: miraba hacia lo alto. No sé decir si me vio. Los monjes del convento de Hango rodeaban el cuerpo cantando salmos del rito griego, a veces armoniosos, con frecuencia monótonos. También yo hubiera querido orar, pero la plegaria expiraba en mis labios; mi mente estaba tan confusa que me parecía antes bien presenciar un consistorio de demonios que una reunión de monjes.

Cuando fue sacado el cuerpo de allí, quise seguirlo, pero desfallecieron mis fuerzas. Sentí doblárseme las piernas, y me apoyé en la puerta. Entonces Smeranda se me acercó e hizo una seña a Gregoriska. Este se aproximó. Smeranda me habló en moldavo:

—Mi madre me ordena repetirte palabra por palabra lo que va a decir —me expresó Gregoriska.

Smeranda habló de nuevo; cuando hubo terminado:

—He aquí las palabras de mi madre —dijo él— Lloras a mi hijo, Edvige, tú lo amabas, ¿verdad? Te agradezco las lágrimas y tu amor; de ahora en adelante tienes una patria, una madre, una familia. Derramemos las muchas lágrimas debidas a los muertos, luego seamos de nuevo dignas ambas de aquel que ya no es... ¡yo su madre, tú su mujer! Adiós, vuelve a tu cámara; yo acompañaré a mi hijo hasta su última morada; cuando regrese, me encerraré en mi estancia con mi dolor, y me volverás a ver solo cuando lo haya vencido; estate tranquila, mataré este dolor, porque no quiero que me mate a mí.

A estas palabras de Smeranda, traducidas por Gregoriska, no pude responder sino con un gemido. Subí a mi cámara: el fúnebre cortejo se alejó, y lo vi desaparecer en el ángulo del camino. El convento de Hango estaba a solo media legua de distancia del castillo en línea recta; pero los obstáculos del suelo hacían dar muchas vueltas al camino, de modo que se empleaban dos horas en recorrer aquel espacio. Era el mes de noviembre. Las jornadas se habían tornado frías y breves, y a las cinco ya era noche oscura. Hacia las siete vi reaparecer las antorchas; el cortejo fúnebre había regresado. El cadáver reposaba en la tumba de sus padres; todo estaba concluido.

Les dije ya en qué singular pesadilla vivía presa luego del fatal suceso que nos sumergiera a todos en el duelo,

y sobre todo después que viera reabrirse y fijarse sobre mí los ojos cerrados del muerto. La noche que siguió, oprimida por las emociones experimentadas durante el día, estaba aún más triste. Escuchaba sonar todas las horas del reloj del castillo, y a medida que el tiempo fugitivo me acercaba al momento en que había muerto Kostaki, me sentía cada vez más desconsolada. Sonaron las nueve menos cuarto. Entonces se apoderó de mí una extraña sensación. Me corría por todo el cuerpo un terror, un estremecimiento que me helaba; luego una especie de sueño invencible entorpecía mis sentidos, me oprimía el pecho, y me velaba los ojos. Tendí el brazo y fui a caer de espaldas sobre el lecho. Sin embargo, no había perdido totalmente los sentidos como para que no pudiera oír como unos pasos acercándose a mi puerta, después me pareció abrirse la puerta, en seguida no vi ni escuché más nada. Solo sentí un vivo dolor en el cuello. Luego de lo cual caí en profundo letargo.

Me desperté a medianoche; mi lámpara ardía aún; intenté levantarme, pero estaba tan débil que hube de repetir la tentativa dos veces. Finalmente logré superar mi debilidad, y como despierta sentía en el cuello el mismo dolor que experimentara en el sueño, me arrastré, apoyándome en el muro, hasta el espejo, y miré. Algo que semejaba la punzadura de un alfiler marcaba la arteria de mi cuello. Creí que algún insecto me hubiera

picado durante el sueño, y como me sentía abatida por la extenuación, me acosté de nuevo y me dormí. A la mañana me desperté como de costumbre; pero entonces sentí una tal debilidad como la experimentara solo una vez en mi vida, a la mañana siguiente de un día en que fuera sangrada. Me miré en el espejo, y me sorprendí de mi extraordinaria palidez. La jornada transcurrió triste y oscura; experimentaba yo una cosa singular; cuando me encontraba en un lugar sentía necesidad de quedarme allí: cualquier cambio de posición me fatigaba.

Llegada la noche, me trajeron la lámpara; mis mujeres, según podía yo comprender por sus gestos, se ofrecieron a quedarse conmigo. Se lo agradecí y salieron. A la misma hora que la noche precedente experimenté los mismos síntomas. Quise levantarme entonces y pedir ayuda; pero no pude llegar a la salida. Oí vagamente dar las nueve menos cuarto; los pasos resonaron, se abrió la puerta, pero yo no veía ni escuchaba nada, y, como la noche anterior, caí de espaldas sobre el lecho. Como el día anterior experimenté un dolor en el mismo sitio.

Como el día anterior me desperté a medianoche; pero más pálida y más débil aún. Al día siguiente se renovó la horrible pesadilla.

Estaba decidida a bajar a la estancia de Smeranda por muy débil que me sintiera, cuando entró en la cámara una de mis mujeres y pronunció el nombre de Gregoriska. El joven la seguía. Intenté levantarme para recibirle; pero volví a caer en mi sillón. Él dio un grito al verme, y quiso lanzarse hacia mí; pero tuve la fuerza de tender el brazo hacia él.

—¿Qué vienes a hacer aquí? —le pregunté.

—¡Ay! —dijo él— ¡venía a decirte adiós! A decirte que abandono este mundo que me es insoportable sin tu amor y tu presencia; a anunciarte que me retiro al monasterio de Hango.

—Gregoriska —le respondí— estás privado de mi presencia, pero no de mi amor. ¡Ay! Te amo siempre, y mi mayor pena es que este amor sea en adelante casi un delito.

—Entonces, ¿puedo esperar que rogarás por mí, Edvige?

—Sí, pero no lo podré hacer por largo tiempo— repliqué yo con una sonrisa.

—¿Por qué no? Pero en verdad te veo muy abatida. Dime, ¿qué tienes? ¿Por qué tan pálida?

—Porque... Dios tiene ciertamente piedad de mí, y a él me llama.

Gregoriska se me acercó, me tomó una mano que no tuve fuerza de sustraerle, mirándome fijo al rostro:

—Esa palidez no es natural, Edvige —me dijo— ¿cuál es la causa?

—Si te la dijera, Gregoriska, creerías que estoy loca.

—No, no, habla, Edvige, te lo suplico; estamos en un país que no se parece a ningún otro país, en una familia que no se asemeja a ninguna otra familia. Dime, dímelo todo, te lo encarezco.

Se lo narré todo: la extraña alucinación que me poseía a la hora en que Kostaki debió morir; ese terror, ese letargo, ese frío glacial, esa postración que me hacía caer de espaldas sobre el lecho, ese ruido de pasos que me parecía oír, esa puerta que creía ver abrirse, y finalmente ese agudo dolor en el cuello seguido de una palidez y de una debilidad siempre crecientes. Creía yo que mi relato parecería a Gregoriska un comienzo de locura, y lo terminaba con una cierta timidez, cuando por el contrario advertí que me prestaba gran atención.

Cuando hube terminado de hablar, Gregoriska reflexionó un instante.

—¿De manera —preguntó él— que te duermes cada noche a las nueve menos cuarto?

—Sí, por muchos que sean los esfuerzos que haga para resistir al sueño.

—¿Y a esa misma hora crees ver abrirse la puerta?

—Sí, aunque eche el cerrojo.

—¿Y luego experimentas un agudo dolor en el cuello?

—Sí, aunque sea apenas visible la señal de la herida.

—¿Me permites ver?

Doblé la cabeza hacia atrás. Examinó él la cicatriz.

—Edvige —dijo Gregoriska después de un momento de reflexión—, ¿tienes confianza en mí?

—¿Me lo preguntas? —contesté.

—¿Crees en mi palabra?

—Como creo en el Evangelio.

—¡Bien! Edvige, por mi fe, te juro que no tienes ocho días de vida si no aceptas hacer, hoy mismo, lo que voy a decirte.

—¿Y si consiento?

—Si consientes, quizás te salves

—¿Quizás? —él se calló—. Suceda lo que fuere, Gregoriska —continué diciendo yo— haré cuanto me ordenes hacer.

—Escucha entonces —dijo él— y ante todo no te espantes. En tu país, como en Hungría y en

nuestra Rumanía, existe una tradición.

Temblé porque esa tradición ya había vuelto a mi memoria.

—¡Ah! ¿Sabes lo que quiero decir?

—Sí —contesté— en Polonia vi algunas personas padecer el horrendo hecho.

—Quieres hablar del vampiro, ¿no es verdad?

—Sí, niña aún, me sucedió ver desenterrar en el cementerio de una aldea perteneciente a mi padre cuarenta personas muertas en quince días, sin que se hubiera podido en ninguna ocasión acertar con la causa de su muerte. Diecisiete de esos cadáveres expusieron todos los signos de vampirismo, es decir fueron encontrados frescos como si hubieran estado vivos; los otros eran sus víctimas.

—¿Y qué se hizo para liberar de eso a la región?

—Se les clavó un palo en el corazón, y luego los quemaron.

—Sí, así se acostumbra hacer; pero para nosotros eso no basta. Para librarte de tu fantasma

antes quiero conocerlo, y ¡por Dios! lo conoceré. Sí, y si es preciso, lucharé cuerpo a cuerpo

con él, quienquiera fuere.

—¡Oh, Gregoriska! —exclamé espantada.

Dijo:

—Quienquiera que fuere, lo repito. Mas para llevar a buen fin esta terrible aventura, es necesario que hagas todo lo que te exigiré.

—Di.

—Estate preparada a las siete. Desciende a la capilla, pero desciende sola; es necesario que venzas a toda costa tu debilidad, Edvige. Allí recibiremos la bendición nupcial. Consiéntemelo, amada mía: para velar por ti. Luego subiremos de nuevo a esta cámara, y entonces veremos.

—¡Oh! Gregoriska —exclamé— ¡si es él, te matará!

—No temas, amada Edvige. Consiente solamente.

—Sabes bien que haré todo lo que quieras, Gregoriska.

—Entonces, hasta luego a la noche.

—Sí, haz lo que creas más oportuno, y te secundaré yo cuanto mejor pueda; adiós Se fue. Un cuarto de hora después vi a un caballero precipitarse a toda carrera por el camino del monasterio; era él. Apenas le hube perdido de vista, caí de rodillas y oré, oré como ya no se reza en nuestras tierras sin fe, y aguardé a las siete, ofreciendo a Dios y a los santos el holocausto de mis pensamientos; no me levanté sino al sonar las siete. Estaba débil como una moribunda, pálida como una muerta. Me eché sobre la cabeza un gran velo negro, descendí la escalera, apoyándome en el muro, y me dirigí a la capilla sin encontrar a nadie.

Gregoriska me esperaba con el padre Basilio, prior del monasterio de Hango. Ceñía una espada santa, reliquia de un antiguo cruzado que asistiera a la toma de Constantinopla con Ville-Hardouin y Baldouin de Flandes.

—Edvige —dijo él golpeando con la mano su espada— con la ayuda de Dios, ésta romperá el encantamiento que amenaza tu vida. Acércate, pues, resueltamente; este santo hombre, que ya ha recibido mi confesión, recibirá nuestros juramentos.

Comenzó la ceremonia; quizá nunca otra fue más sencilla y a un tiempo más solemne.

Nadie asistía al monje; él mismo nos puso sobre la cabeza las coronas nupciales. Vestidos ambos de luto, giramos en torno al altar con un cirio en la mano; luego el monje, tras pronunciar las sacras palabras, agregó: Váyanse ahora, hijos míos, y el Señor les dé fuerza y valor para luchar contra el enemigo del humano género. Armados de la inocencia de ustedes y defendidos por Su justicia, vencerán al demonio. Vayan, y benditos sean Besamos los libros santos y salimos de la capilla. Entonces por vez primera me apoyé en el brazo de Gregoriska, y me pareció que, al contacto de aquel fuerte brazo, de aquel noble corazón, volvía a mis venas la vida. Estaba

segura del triunfo, porque Gregoriska estaba conmigo; subimos a mi cámara. Sonaban las ocho y media.

—Edvige —me dijo entonces Gregoriska— no tenemos tiempo que perder. ¿Quieres dormir, como de costumbre, para que todo suceda durante tu sueño, o bien permanecer desvelada y verlo todo?

—Junto a ti nada temo: quiero permanecer despierta y verlo todo.

Gregoriska extrajo de su pecho un boj bendito, húmedo aún de agua santa, y me lo dio:

—Toma entonces esta ramita —me dijo— acuéstate en tu lecho, recita las preces de la Virgen y aguarda sin temor. Dios está con nosotros. Cuida ante todo de no dejar caer la ramita; con ella podrás ordenar aun en el infierno. No me llames, no des ningún grito; reza, confía y aguarda.

Me acosté en el lecho. Crucé las manos sobre el seno, y puse sobre él la ramita bendecida.

Gregoriska se ocultó tras del trono del que ya hablé. Contaba yo los minutos, y de seguro mi esposo hacía lo mismo. Sonaron los tres cuartos. Vibraba aún el tañir del martillo, cuando me sentí presa del mismo

entorpecimiento, del mismo terror y del mismo frío glacial de los días precedentes; acerqué a mis labios la rama bendita, y aquella primera sensación se desvaneció.

Oí entonces muy claro el ruido de aquel conocido paso lento y medido que subía los peldaños de la escalera y se aproximaba a la puerta. Luego la puerta se abrió despaciosamente, sin ruido, como empujada por sobrenatural fuerza, y entonces... —La voz se apagó a medias, casi sofocada en la garganta de la narradora— Y entonces —continuó haciendo un esfuerzo— vi a Kostaki, pálido como se me apareciera en las parihuelas; los largos cabellos negros, cayéndole sobre las espaldas, goteaban sangre; vestía como de costumbre, pero tenía descubierto el pecho y dejaba ver su sangrante herida. Todo estaba muerto, todo era cadáver... carne, ropas, porte... solamente los ojos, aquellos terribles ojos, estaban vivos.

Ante aquella aparición, ¡extraño es decirlo!, en vez de sentir duplicárseme el espanto, sentí crecerme el valor. Dios me lo enviaba de seguro para decidir mi situación y defenderme del infierno. Al primer paso que el espectro dio hacia mi lecho, le clavé intrépidamente los ojos en el rostro y le presenté la rama bendita. El espectro intentó avanzar, pero un poder más fuerte que él lo retuvo en el sitio. Se detuvo.

—¡Oh! —murmuró— ella no duerme, lo sabe todo.

Pronunció él estas palabras en lengua moldava, y sin embargo las comprendí yo como si hubieran sido pronunciadas en lengua por mí sabida.

Estábamos así uno frente al otro, el fantasma y yo, sin que pudiera apartar mis miradas de las suyas, cuando con el rabillo del ojo vi a Gregoriska salir detrás del baldaquino, semejante al ángel exterminador y con la espada en el puño. Se hizo la señal de la cruz con la mano siniestra, y avanzó lentamente con la espada tendida vuelta hacia el fantasma; este, al ver al hermano, desenvainó también el sable soltando una horrible carcajada; pero apenas su sable tocó el hierro bendito, el brazo le cayó inerte junto al cuerpo. Kostaki exhaló un suspiro de rabia y desesperación.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó al hermano.

—En nombre del Dios verdadero y viviente —dijo Gregoriska— te conjuro a que respondas.

—Habla —dijo el espectro rechinando los dientes.

—¿Te he tendido yo una emboscada?

—No.

—¿Te he asaltado yo?

—No.

—Te he herido yo?

—No.

—Te arrojaste tú mismo sobre mi espada y tú mismo corriste al encuentro de la muerte.

Luego, ante Dios y los hombres no soy culpable yo del delito de fratricidio; luego no has recibido una misión divina sino infernal; luego has salido de tu tumba no como una sombra santa sino como un espectro maldito, y volverás a tu tumba.

—¡Con ella, sí! —exclamó Kostaki haciendo un supremo esfuerzo para apoderarse de mí.

—¡Volverás allá solo! —exclamó a su vez Gregoriska—. Esta mujer me pertenece.

Y al pronunciar tales palabras tocó con la punta del hierro bendito la llaga viva. Kostaki exhaló un grito como si le hubiera tocado una espada de fuego y, llevándose una mano al pecho, dio un paso atrás. Al mismo tiempo, Gregoriska, con un movimiento que parecía coordinado

con el del hermano, dio un paso adelante; entonces, con los ojos fijos en los ojos del muerto, con la espada contra el pecho de su hermano, comenzó una marcha lenta, terrible, solemne. Era algo semejante al pasaje de don Juan y el comendador; el espectro retrocedía bajo la presión de la sacra espada, bajo la voluntad irresistible del campeón de Dios, que lo seguía paso a paso, sin pronunciar una palabra, ambos anhelantes, ambos lívidos del rostro, el vivo arrojando al muerto y obligándolo a abandonar el castillo, su anterior morada, para volver a la tumba, su morada futura... Lo aseguro, a fe mía, ¡era cosa horrenda de verse! Y, sin embargo, yo misma, movida por una fuerza superior, invisible, desconocida, sin saber lo que hacía, me levanté y los seguí. Bajamos la escalera, iluminados solo por las ardientes pupilas de Kostaki. Atravesamos la galería y el patio, y luego traspusimos la puerta siempre con el mismo paso medido, el espectro retrocediendo, Gregoriska con el brazo tendido, yo detrás de ellos.

Esta marcha fantástica duró una hora, pues era necesario volver el cadáver a su tumba; pero en vez de seguir el camino acostumbrado, Kostaki y Gregoriska atravesaron el terreno en línea recta, cuidándose poco de los obstáculos, que para ellos ya no existían; ante ellos el suelo se allanaba, los torrentes se secaban, los árboles se apartaban, las rocas se abrían. El mismo

milagro se operaba para mí: solo que el cielo me parecía todo cubierto de un negro velo, las lunas y las estrellas habían desaparecido y en medio de las tinieblas solo veía resplandecer los ojos llameantes del vampiro. Llegamos de tal modo a Hango y pasamos a través del seto vivo de madroños que servía de cerco al cementerio. Apenas entrada, distinguí entre las sombras la tumba de Kostaki, junto a la de su padre, no sabía que estuviera allí y sin embargo la reconocí. Nada me era desconocido en aquella noche.

Gregoriska se detuvo al borde de la fosa abierta.

—Kostaki —dijo él— aún no está todo terminado para ti, y una voz del cielo me avisa que puede concebirse el perdón si te arrepientes; ¿prometes retornar a la tumba?, ¿no salir de ella más?, ¿consagrar a Dios el culto que consagraste al infierno?

—¡No! —respondió Kostaki.

—¿Te arrepientes? —preguntó Gregoriska.

—¡No!

—Por última vez, ¿te arrepientes?

—¡No!

—¡Bien! Invoca la ayuda de Satanás, como invoco yo la de Dios, y veremos quién saldrá esta vez aún victorioso.

Resonaron simultáneamente dos gritos; los hierros se cruzaron despidiendo centellas, y la lucha duró un minuto que me pareció un siglo. Kostaki cayó; vi alzarse la terrible espada de su hermano, introducírsela en el cuerpo, y clavar ese cuerpo sobre la tierra recién removida.

Un último grito que nada tenía de humano se alzó por el aire. Acudí: Gregoriska estaba en pie, pero vacilante. Le di apoyo con mis brazos.

—¿Estás herido? —le pregunté ansiosamente.

—No —me respondió— pero en tal duelo, querida Edvige, la lucha, no la herida, mata. He

luchado con la muerte, y a ella pertenezco.

—Amigo, amigo —exclamé— aléjate de aquí y acaso vuelvas a la vida.

—No, ésta es mi tumba, Edvige, pero no perdamos tiempo; toma un poco de esta tierra impregnada de su sangre y aplícala a la mordedura que te hizo; es el único medio que puede preservarte en el porvenir de su horrendo amor.

Obedecí temblando. Me incliné para recoger aquella tierra sanguinosa, y al doblarme vi el cadáver clavado al suelo: la espada bendita le atravesaba el corazón, y una sangre oscura le brotaba abundante de la herida, como si hubiera muerto en aquel momento.

Amasé un poco de tierra con la sangre, y apliqué a mi herida el espantoso talismán.

—Ahora, mi adorada Edvige —dijo Gregoriska con voz semiapagada— escucha bien mi último consejo. Abandona el país apenas te sea posible. Solo la distancia es una seguridad para ti. El padre Basilio recibió hoy mi suprema voluntad y la cumplirá. ¡Edvige, un beso! ¡El último, el único beso! ¡Edvige, me muero!

Y así diciendo, Gregoriska cayó junto al hermano.

En cualquier otra circunstancia, en medio de aquel cementerio, cerca de aquella tumba abierta, con aquellos dos cadáveres yaciendo uno junto al otro, hubiera enloquecido; pero como dije ya, Dios me había inspirado una fuerza igual a los acontecimientos, de los que él me hacía no solo testigo sino también actriz. Mientras miraba a mi alrededor en busca de ayuda, vi abrirse la puerta del monasterio y avanzar los monjes de a dos conducidos por el padre Basilio, llevando cirios ardientes y cantando las preces de difuntos. El padre Basilio había llegado hacía

poco al convento, y previendo lo sucedido, se dirigía al cementerio con toda la congregación. Me encontró viva cerca de los dos muertos. Una última convulsión había retorcido el rostro de Kostaki; Gregoriska en cambio estaba tranquilo y casi sonriente.

Fue sepultado, como lo deseara él, junto al hermano, el cristiano junto al maldito. Smeranda, cuando tuvo noticia de la nueva desdicha, quiso verme, fue a buscarme al convento de Hango, y supo de mis labios cuanto había acontecido en aquella tremenda noche.

Le referí todos los detalles de la fantástica historia, pero ella me escuchó, como ya me escuchara Gregoriska, sin mostrar estupor ni espanto.

—Edvige —me contestó ella después de un instante de silencio— por muy extraño que sea lo que me has narrado, dijiste solo la verdad. La estirpe de los Brankovan está maldita hasta la tercera y cuarta generación, porque un Brankovan mató a un sacerdote. El término de la maldición ha llegado, pues tú, aunque esposa, eres virgen, y en mí se extingue el linaje. Si mi hijo te ha dejado en herencia un millón, tómalo. Después de mi muerte, salvo los píos legados que tengo la intención de hacer, recibirás el resto de mis bienes. Y ahora sigue el consejo de tu esposo. Vuelve lo más presto que puedas a

aquellas tierras donde Dios no permite que se cumplan tan horrendos prodigios. No necesito de nadie para llorar conmigo a mis hijos. Mi dolor quiere soledad. Adiós, no me tengas ya en cuenta. Mi suerte futura me pertenece a mí sola y a Dios.

Y luego de besarme en la frente como de costumbre, me dejó y fue a encerrarse en el castillo de Brankovan.

Ocho días después partí para Francia. Como lo esperara Gregoriska, mis noches no fueron turbadas ya por el terrible fantasma. Se restableció mi salud, y de aquel suceso no me quedó otro recuerdo fuera de esta palidez mortal que suele acompañar hasta la tumba a toda humana criatura que haya sufrido el beso de un vampiro.

ÍNDICE

“De pronto se oyó la detonación de un arma de fuego y el silbar de una bala. La canción quedó interrumpida, y el guía, herido de muerte, se precipitó al abismo, mientras su caballo se detenía temblando y tendiendo la inteligente testa hacia el fondo del precipicio, donde desapareciera su dueño...

Colección
Lima Lee

